

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

**PARA ASEGURAR
TU SALVACIÓN**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA**

ISBN 84-7770-491-0
Depósito Legal ZA 53, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Ctra. Fuentesauco Km 2
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

PRÓLOGO

Este libro es continuación del otro de San Ligorio, titulado Preparación para la vida eterna. Ambos fueron publicados por el Santo Doctor con el título de Sermones Abreviados. En el libro anterior trata los temas más importantes para mover al pecador a la conversión, y ahora en éste nos habla de otros temas más conformes con el alma en gracia, que debe luchar y trabajar para asegurar su salvación perseverando en la práctica de la virtud.

La vida humana es una lucha constante, por lo que, mientras vivimos en este mundo no podemos descansar, pues la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gal.5,17), por lo cual hay que estar en lucha constante, huyendo de las ocasiones peligrosas y acogiéndonos a todos los medios que Dios nos ha dado para poder conseguir la victoria y triunfar de nosotros mismos.

Los principales medios que señala San Ligorio son: el primero es el de huir de las tentaciones peligrosas, el segundo es la oración diaria y perseverante, sobre todo en los momentos de tenta-

ción, el tercero es profesar una devoción sincera y muy tierna a la Santísima Virgen, rezándole todos los días el Santo Rosario con gran esmero y devoción, y acudiendo a Ella invocándola con confianza siempre que nos hallemos en peligro de pecar.

La Misa diaria y el recibir a Jesús cada día en la Sagrada Comunión, para aprovechar los minutos que Jesús permanece con nosotros después de la comunión, para hacer fervorosos actos de fe, de esperanza y caridad, y sobre todo, para pedirle ayuda para poder hacer en todo momento su voluntad, es algo importantísimo, y son unos minutos preciosísimos que no podemos desperdiciar para unirnos a Jesús y conseguir su ayuda para hacer siempre su voluntad.

El alma que, mediante la oración, llega a conocer mucho a Jesús y se enamora de Él, pierde el miedo a condenarse y ya no se preocupa tanto de lo que a ella le conviene como de complacer a Jesús y hacer todo cuando estuviere en sus manos por dar gusto y conseguir todo lo que entiende que quiere y desea su enamorado Jesús.

El que hace todo lo que entiende que quiere y desea Jesús, y sólo porque Él lo quiere, se gozará en el sufrimiento, pensando que solamente sufriendo puede corresponder adecuadamente al

amor de Aquel que voluntariamente quiso sufrir por nosotros muriendo colgado de una cruz. Olvidate de ti, piensa en Jesús y trata de complacerle esforzándote todo lo que puedas para hacer su voluntad, y no deseando otro bien mas que el cumplimiento de lo que Él quiere, sabiendo que Él no quiere más que nuestro bien, y que su amor por nosotros es mucho mayor del que nosotros nos tenemos, y además, sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene.

Por eso en la oración nunca debemos pedir a Dios cosas concretas para nosotros, sino que, genéricamente, decirle: "Señor, haz conmigo lo que quieras, concédeme que Yo haga lo que tú quieres, y eso me basta". De esta forma, si tú te esfuerzas en hacer lo que Él quiere, podrás tener la seguridad de que te concederá no lo que tú quieras, sino aquello que Él sabe que es lo que más te conviene. Que Él nos lo conceda. Amén.

1. El pecado de recaída es desastroso

La segunda caída es más profunda que la primera. Mira, has sido curado; no peques ya más, no sea que te acaezca algo peor. Estas palabras de Jesús al paralítico se repiten hoy día que te has confesado: “En el tribunal de la penitencia encontraste la curación; tu alma ya está sana, pero aun no está salva, porque, si vuelves a pecar, la volverás a perder, y el daño de la recaída será mucho peor que el de las anteriores caídas”. ¿Lo oyes?, pregunta San Bernardo: recaer es peor que caer

2º *En las recaídas se debilita de tal modo el pecador, que llega a ser juguete del demonio.* –Quien padece una enfermedad mortal y cura de ella, si vuelve a recaer pierde de tal modo las fuerzas naturales, que le será imposible la curación. Esto es lo que acontece a los recidivos, que con sus vueltas al vómito quedan tan exhaustos de fuerzas, que llegan a ser juguete del demonio. Dice San Anselmo que el enemigo domina de tal modo a estos desgraciados, que los hace caer y tornar a caer según le place, bien así como el muchacho se entretiene en soltar el hilo del pájaro y luego lo recoge para atraerlo. “También los

recidivos, nota el santo doctor, están en manos del diablo, y en vano intentarán volar, porque no tardará el demonio en precipitarlos en el abismo de los mismos vicios”.

2. Teman todos el pecado de recaída

1º. *Primer motivo: nuestra debilidad. Nada podemos sin oración ni vigilancia.*— Dice San Pablo que tenemos que combatir no sólo contra hombres de carne y sangre como nosotros, sino contra los príncipes del infierno: *No es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas* (Ef 6,12), queriendo con esto darnos a entender que no tenemos fuerza para resistir al poderío infernal, sino que necesitamos absolutamente la ayuda divina, pues de otro modo quedaríamos siempre vencidos. Por el contrario, si Dios viene en nuestra ayuda, lo podremos todo y saldremos vencedores: *Para todo siento fuerzas en aquel, que me conforta* (Fil 4,13). Dios, empero, no concede este auxilio más que al que se lo pide por medio de la oración: *Pedid, y se os dará; buscad y halla-*

réis, llamad, y se os abrirá (Mt 7,7). Quien no lo pide no lo alcanza. No nos fiemos de nuestras buenas resoluciones, que sería tanto como perdersenos; siempre que nos veamos en peligro de recaer pongamos toda nuestra confianza en el auxilio divino, que el cielo otorga siempre a quien lo pide. Quien piense estar en pie, mire no caiga (1Cor 10,12). Quien se halle en gracia de Dios, como dice San Pablo, ha de estar vigilante para no caer en pecado, y en especial si antes ha caído en pecados mortales, porque la recaída de quien fue antes pecador lleva consigo mayor ruina: Resultan las postrimerías de aquel hombre peor que los pincipios (Lc 11,26).

2º Segundo motivo: violencia del demonio contra las almas en gracia y estado desgraciado en que las hunde.— Leemos en la Sagrada Escritura que el enemigo *ofrece sacrificios a su esparavel y quema incienso a su barredera; porque gracias a ellos su porción es pingüe y su comida succulenta (Hab 1,16).* San Jerónimo lo explica así: “El demonio trata de coger a todos los hombres en su esparavel para condenación de todos ellos y que todos sean víctimas de la justicia divina; y en primer lugar a los pecadores; como ya los tiene en sus redes, procura reforzarlas de continuo haciéndoles cometer nuevos pecados;

pero *su comida succulenta* son los elegidos, a quienes tiende lazos más fuertes para esclavizarlos y hacerles perder todo el mérito que conquistaron. “Cuanto más trata uno de servir a Dios, dice Dionisio Cartujano, tanta más violencia despliega el adversario”, intentando entrar en su alma, de la que se halla arrojado y piensa, como se lee en San Mateo: *Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda vagando por sequedades, buscando reposo, y no le halla. Entonces dice: Me volveré a mi casa de donde salí* (Mt 12,43-44). Y si consigue entrar, no entra solo, sino que lleva consigo otros demonios para afianzarse mejor en el alma así reconquistada, haciéndose de tal modo la segunda ruina mucho peor que la primera: *Vase entonces y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, se establece allí, y resultan las postrimerías de aquel hombre peores que los principios* (Lc 11,26).

3. El recidivo corre peligro de no volver a levantarse

1º El pecador se expone con tan grave pecado a los golpes de la venganza divina.— ¡Qué pena

constituye para el corazón de Dios la recaída de una de esas almas a quienes acaba de llamar y perdonar con tanto amor, y que, ingratas y olvidadas de las misericordias de que fueron objeto, se atreven a traicionar nuevamente a Dios tan bueno y hollar bajo los pies la divina gracia! *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría... Mas fuiste tú, el compañero mío, mi amigo y confidente, con quien en dulce intimidad me unía, con quien me paseaba en la casa de Dios entre el gentío* (Sal 54,13-15). Sí, dice Dios, si la ofensa me hubiera venido de algún enemigo, menos sufriría mi corazón; pero quien se rebela contra mí eres tú, y luego de haberte restituido mi amistad; tú, a quien sentaba a mi mesa para alimentarte con mi propia carne. ¡Qué indignación siento y cómo habré de castigarte! ¡Desgraciado de aquel que, después de haber disfrutado de la amistad de Dios y recibido sus más señalados favores, se declara su enemigo por el pecado mortal! El desdichado verá bien pronto volverse contra él la venganza divina, que la Sagrada Escritura nos muestra como *espada de dos filos*.

2º *Se debilita hasta el punto de serle imposible resistir a la tentación sin una gracia especial del Señor.*— Y dirá alguien: “Si recaigo, me levantaré, pues estoy con el ánimo de confesarme presto”.

Quien así hablara puede correr la suerte de Sansón. Sabido es cómo fue engañado por Dalila, la cual aprovechó el sueño para cortarle los cabellos, en que tenía la fuerza; por eso, al despertarse hubo de exclamar: *¡Saldré como otras veces y me desembarazaré!; mas él no sabía* (añade la Escritura) *que Yahveh habíase retirado de él*. Pensaba poder librarse de las manos de los filisteos, como lo había hecho antes; pero, faltándole las fuerzas, quedó esclavo de ellos, que le sacaron los ojos, cargáronlo de cadenas y lo llevaron preso. El pecador que recae en el pecado pierde también la fuerza para resistir a las tentaciones, porque *Dios se retira de él* y lo abandona, privándolo de su auxilio eficaz, necesario para resistir y así queda el miserable ciego y abandonado en su pecado.

Nadie que puso su mano en el arado y mira hacia atrás es a propósito para el reino de Dios (Lc 9,62). He aquí descrito el pecador que recae. Nótese que dice *nadie*; nadie, dice Jesucristo, de los que entran en mi servicio y luego me abandonan, nadie de éstos puede entrar en el cielo. Cometer un nuevo pecado después de haber ya cometido otro, equivale a añadir una herida a otra, como dice Orígenes. Si alguno recibe una herida en el brazo, es imposible que el brazo

conservar su vigor primitivo; y si a una herida se añade otra, ya no quedan fuerzas ni movimiento y ni siquiera esperanza de curación. Este es el gran mal que causa la recaída en el pecado: debilitar el alma hasta el punto de hacerla impotente para luchar contra las tentaciones. En efecto, según Santo Tomás, perdonada la falta, queda siempre la herida abierta por la culpa antecedente, añadiéndose a la antigua herida la nueva, de modo que el alma se debilita de tal forma que sin una gracia especial y extraordinaria de Dios le es imposible vencer las tentaciones.

3º *En vano cuenta con esta gracia, que ni Dios le ha prometido y de que se ha hecho indigno.*— Temamos, pues, hermanos míos, la recaída en pecado y no nos sirvamos de la misericordia divina para continuar ofendiendo a Dios. “El que prometió el perdón a quien se arrepiente, no prometió la gracia de la penitencia”, dice San Agustín. Sí, Dios promete el perdón al que se arrepiente de sus pecados, pero a nadie ha prometido la gracia necesaria para arrepentirse del pecado cometido. La contrición es puro don de Dios. Si os lo rehúsa, ¿cómo os arrepentiréis? Y si no os arrepentís, ¿cómo alcanzaréis el perdón? No lo olvidéis: *De Dios nadie se burla*. “Quien detesta el pecado y lo vuelve a cometer al punto,

dice San Isidoro, más que penitente es un bur-lón. Razón tenía, por otra parte, Tertuliano para decir que la falta de corrección demuestra la falta de arrepentimiento: “Donde no hay enmienda no hay penitencia”.

PERORACIÓN: I. *Convertíos sinceramente y seréis fuertes contra la recaída.*— San Pedro solía predicar: *Convertíos para que sean borrados vuestros pecados* (Hech 3,19). Muchos se arrepienten, pero no se convierten. Tienen cierto pesar de su vida culpable, pero no vuelven verdaderamente a Dios; se confiesan, golpean el pecho, prometen la enmienda, pero no conciben firme resolución de cambiar de vida. Quien se resuelve firmemente a cambiar de vida, persevera, o al menos se mantiene largo tiempo en gracia de Dios; pero quienes luego de confesarse retornan al instante a caer, patentizan, como dice San Pedro, que, si están arrepentidos, no están convertidos, tanto que acabarán por morir infelizmente. De aquí aquella expresión de San Gregorio: “Los pecadores y los justos son muchas veces, aun cuando en vano, inclinados a la justicia o a la culpa”. Es decir, que así como los justos muchas veces siéntense inclinados al mal, sin que, sin embargo, pequen por tener la volun-

tad horror al mal, así los pecadores experimentan cierta inclinación al bien, que no basta para obrar en ellos verdadera conversión. El Sabio nos advierte que para alcanzar la gracia y misericordia divinas no basta confesar los pecados, sino que se requiere que luego de confesarlos se aparte uno de ellos: *Quien encubre sus pecados no prospera, mas el que los reconoce y los abandona alcanza misericordia*. Por lo tanto, quien no deja el pecado luego de confesarlo; sino que retorna a pecar, no conseguirá la divina misericordia y morirá víctima de la justicia divina, como acaeció a cierto joven inglés. Era un recidivo en el vicio deshonesto, que se confesaba y volvía a pecar, y murió, al parecer con señales de salvación. Con todo, un santo sacerdote se preparaba para celebrar la misa en sufragio del desgraciado joven, cuando se le apareció éste diciéndole que se había condenado; díjole, además, que en la hora de la muerte se vio tentado de un mal pensamiento, en que consintió, como en lo pasado, condenándose a continuación.

2º *Esfuércense los recidivos por levantarse definitivamente.*— ¿No habrá, pues, medio de que los recidivos se salven? ¡Lejos de mí tal aserto! Pero, hablando el lenguaje de la medicina, afirmo: “A grandes enfermedades, grandes reme-

dios”; o en otros términos: “A grandes males, gandes remedios”. Si el recidivo quiere salvarse, tiene que esforzarse enérgicamente para ponerse en vías de salvación: *El reino de los cielos padece fuerza, y hombres esforzados lo arrebatan* (Mt 11,12). Luego, y sobre todo, en el comienzo de su nueva vida, tiene el recidivo que hacerse decidida violencia para extirpar los malos hábitos contraídos y adquirir los buenos, que no bien adquiridos, le será fácil y hasta suave la observancia de los mandamientos de Dios. El Señor dijo a Santa Brígida que los que sufren valientemente las primeras punzadas de las espinas en los ataques de las tentaciones, en la huida de las ocasiones de pecar, en el romper con las compañías peligrosas, verán convertidas esas espinas en otras tantas flores.

3º *Vivan vida cristiana. Medios para ello.*— Pero, para ser prácticos, es decir, para vivir vida cristiana, hay que adoptar los medios siguientes, pues, de no hacerlo, nada se conseguiría:

1. Al levantarse háganse los actos cristianos de agradecimiento, de amor a Dios y de ofrenda de las obras del día, renovando el propósito de no volver a ofender al Señor y pidiendo a Jesucristo y a su Santísima Madre que nos preserven

en ese día de todo pecado. Hágase luego la meditación y asístase a misa.

2. Hágase durante el día la lectura espiritual y la visita al Santísimo Sacramento.

3. Récese por la tarde el rosario y hágase examen de conciencia.

4. Comúlguese por lo menos una vez a la semana, o más a menudo, según el parecer del confesor, que hay que seguir fielmente.

5. Váyase todos los años a una casa religiosa para practicar los ejercicios espirituales, cosa, por cierto, excelentísima.

6. No se deje pasar día alguno sin honrar a la Santísima Virgen con alguna devoción particular, añadiendo el ayuno del sábado. María se llama Madre de la perseverancia y la ha prometido a sus servidores.

Esta gracia de la perseverancia hay que pedirle a Dios y a la Santísima Virgen, sobre todo, por la mañana, particularmente en tiempo de tentaciones, invocando para ello los nombres de Jesús y de María mientras durare la tentación ¡Dichoso quien no deje de obrar de esta suerte! Sí, *¡dichoso el siervo aquel a quien su señor, a su vuelta, hallare obrando así (Mt 26,46).*

4. Grandes peligros a que está expuesta nuestra salvación eterna

INTRODUCCIÓN: *Sobre el encarnizamiento de nuestros enemigos.*— Nuestra vida, al decir de San León, está plagada de peligros, de lazos y de enemigos.

I. LA CONCUPISCENCIA, QUE NOS ARRAS-
TRA AL MAL.— El primer enemigo de la salva-
ción que tiene cada cual es uno mismo: *Cada
cual es tentado al ser arrastrado y encebado por
la proia concupiscencia* (Sant 1,14). Pero, ade-
más de las inclinaciones perversas que llevamos
en nosotros mismos, y que nos inclinan al mal,
¡cuántos son los enemigos externos que nos
combaten!

II. EL DEMONIO, ENEMIGO TEMIBLE POR SU
VIOLENCIA Y EMBOSCADAS.— Demonios hay
con quienes la lucha es más terrible, porque su
poderío excede con mucho el nuestro; “¡Lucha
formidable, exclama Casiodoro, porque Satanás
es mucho más fuerte que nosotros!”. Por esto
San Pablo, antes de que se produzca el choque,
quiere que nos armemos con el auxilio divino:
*Revestíos de la armadura de Dios para que po-
dáis sosteneros ante las asechanzas del diablo.*

Que no es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los pincipados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas, etc. (Ef 6,11). El demonio, añade S. Pedro, es un león que anda dando vueltas en torno rugiendo de rabia por el hambre que tiene de devorar nuestras almas: El diablo, como león rugiente, anda en torno buscando a quien devorar (1 Ped 5,8). Escribe San Cipriano que el enermigo va siempre rodeándonos para esclavizarnos, y, bien así como el enemigo que asalta la plaza, estudia las fortificaciones para descubrir el punto flaco que le dé acceso al interior de la plaza.

III. LOS HOMBRES, QUE NOS HACEN GUERRA ENCARNIZADA Y VARIADA.— A los demonios hay que añadir los hombres, con quienes tenemos que vivir: Persecuciones, traiciones, engaños, malos consejos, adulaciones, todo lo han de poner por obra para nuestra perdición. “Hasta en el seno de la Iglesia, decía San Agustín, y en todas las profesiones se encuentran hipócritas y seductores”. Si una fortaleza asediada por el enemigo no tuviera para defensa propia en el interior más que soldados en rebelión, ¿quien no la da ya por perdida? He aquí lo

que nos acontece mientras vivimos en este mundo.

5. Medios con que debemos conjurar tales peligros

I. EL RECURSO A DIOS POR MEDIO DE LA ORACIÓN.— ¿Quién nos podrá librar de tantos y tales enemigos? Sólo Dios: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta* ¿Con qué medios contar para conjurar tales peligros?

1º *Dios quiere que en todos los peligros recurramos a Él.*— Hagamos lo que hicieron los Apóstoles: recurramos al Maestro, exclamando: *¡Señor, socorro!, nos perdemos* (Mt 8,25).

En lo bravío de la tormenta no deja el marino de mirar a la estrella cuya claridad le habrá de guiar al puerto. De igual manera en esta vida hemos siempre de tener fijos los ojos en Dios, que es quien tan sólo nos ha de librar de tales peligros. Así lo hacía David cuando se veía asaltado de los peligros de pecado: *Levanto hacia los montes mis ojos: ¿de dónde me vendrá mi socorro?* (Sal 120,1).

El Señor quiere en su providencia que, mientras estemos en la tierra, vivamos en continua

tempestad y nos veamos asaltados de enemigos para que continuamente nos tengamos que encomendar a Él, que es el único que nos puede salvar mediante su gracia. Las tentaciones del demonio y las persecuciones de los hombres y todas las adversidades que nos aquejan no son mal para nosotros, sino que se pueden trocar en bien: con tal de que sepamos valernos de ellas como Dios quiere, cuando por nuestro bien nos las manda y permite. Tales adversidades nos desprenden de los afectos terrenos y nos hacen aborrecer el mundo, pues no hallamos más que amarguras y espinas en los mismos honores y riquezas y hasta en sus delicias y diversiones. Todo lo consiente el Señor para que nos desprendamos de los bienes caducos, en que se hallan tantos peligros de perdición, y para que nos esforcemos en unirnos a Él, bien supremo, que es nuestro único contentamiento.

2º. *Que no nos fiemos tan sólo de los remedios humanos.*— Nuestro error y engaño está en que, cuando nos vemos trabajados por las enfermedades, pobreza, persecuciones y demás géneros de pruebas, en vez de recurrir a Dios, recurrimos a los hombres y colocamos nuestra esperanza en estos auxilios humanos: obrando así

atraemos sobre nosotros las maldiciones de Dios, que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre* (Jr 17,5). Ciertamente que Dios no nos prohíbe en nuestras penas y dificultades emplear los remedios humanos, sino que su maldición cae tan sólo sobre aquellos que cifran toda su confianza en los remedios humanos.

3°. *Que el temor de perdernos nos haga emplear los medios de salvarnos.*—Mientras vivimos en la tierra debemos procurar nuestra eterna salvación, como dice el Apóstol, *con temor y temblor* (Fil 2,12). En cierta ocasión sobrevino una tempestad marina tan recia, que hasta el propio capitán no se podía sustraer al temblor. Una bestia pastaba tranquilamente como si nada pasase. Preguntado el capitán el porqué de tanto temor, respondió: “si tuviera el alma como la de esa bestia, tampoco yo temería; pero tengo un alma racional e inmortal y, una vez muerto, tendré que comparecer ante el tribunal de Dios; por esto temo a la muerte”. Temamos también nosotros, queridísimos míos, pues se trata del alma y de la eternidad. Quien no teme, como dice San Pablo, está en gran peligro de condenarse, porque al no temer se encomendará poco a Dios y se perderá fácilmente por eso y por no adoptar los medios de salvación. “No lo olvide-

mos, advierte San Cipriano, aún estamos en el campo del combate y luchamos por la salvación eterna”.

El primer medio que debemos adoptar para salvarnos es el encomendarnos continuamente a Dios para que nos tienda su mano y no le ofendamos.

II. UNA CONFESIÓN GENERAL. HAY QUE LIBRAR EL ALMA DE SUS PECADOS.— El segundo medio consiste en quitar del alma todos los pecados con la confesión general. La confesión general es gran remedio para obrar radical cambio de vida. Cuando la tempestad es grande, se echa lastre al agua aun a costa del propio moblaje, con objeto de salvar la propia vida. ¡Locura grande de los pecadores! Expuestos a encontrarse aquí, a vuelta de miles de peligros, su perdición eterna, en vez de aligerar su nave, es decir, en vez de descargar el alma del peso de sus pecados, se diría que se empeñan en sobrecargarla cada vez más. En vez de huir de las ocasiones peligrosas, se atreven hasta afrontarlas alegremente. En vez de pedir perdón de sus pecados a la misericordia divina, la ofenden cada vez más, obligándola así a abandonarlos.

III. LA LUCHA CONTRA LAS PASIONES:

1º. *Necesidad de esta lucha.*— Otro medio es el de cuidarse muy mucho de no dejarse dominar por las pasiones desarregladas. *Al alma desvergonzada no me entregues* (Ecli 23,6). Señor, pedía el Eclesiástico, no me des un alma cegada por cualquier pasión. El ciego ya no ve lo que hace, por lo que es capaz de hacer toda clase de mal. He aquí por qué se pierden tantos hombres: por dejar que cualquier pasión los domine.

2º. *Pasiones de riquezas, de placeres y de cólera.*— Dominará en unos la pasión de las riquezas. Personaje hubo que exclamó cierto día: “¡Ay de mí, que me siento dominado por el amor a las riquezas!”. Así hablaba este desgraciado, pero sin preocuparse de poner remedio a su mal. Esta pasión, a la que no supo resistir desde un principio, fue creciendo en él de día en día hasta que llegó a morir, dejando poca esperanza de salvación a su familia. En otros se dará la pasión de los placeres, y como los placeres lícitos no acaban por satisfacer, de aquí que se vaya, finalmente, tras los ilícitos. Otros se dejarán dominar por la pasión de la cólera y, como no apagan la chispilla desde el principio, se propaga el fuego y

acaba por dominar el corazón el espíritu de venganza.

3º. *Obligación de frenar las malas pasiones desde el principio.*— Hay que refrenar desde un principio las malas inclinaciones, so pena de verlas levantarse contra nosotros como nuestros mayores enemigos. “Las pasiones, he aquí decía San Ambrosio, los enemigos que más hemos de temer, he aquí los más formidables tiranos. ¡Cuántos cristianos, vencedores en las públicas persecuciones, sucumbieron en lucha obscura contra las pasiones!”. Ejemplo lamentable de lo que venimos diciendo es Orígenes, que vivió vida edificantísima. ¡Cuántas veces, en defensa de nuestra santa fe afrontó hasta el martirio! Con todo, se dejó dominar por el respeto humano y cayó en la herejía, como cuenta Natal Alejandro. Otro ejemplo no menos deplorable nos lo proporciona Salomón, que había recibido de Dios los más insignes favores; inspirado por Dios, escribió algunos libros sapienciales, y, finalmente, cediendo a la pasión hacia mujeres idólatras, no se avergonzó de ofrecer incienso a los falsos dioses. Símbolo de estos desgraciados esclavos de sus malas pasiones son aquellos bueyes sobrecargados de trabajo durante su vida, que al fin terminan en el matadero; así a ellos les

acontece que, después de una vida arrastrada gimiendo bajo el peso de sus culpas, terminan con la caída en los infiernos.

PERORACIÓN: 1º. *Huir de cuanto alimento y excite la pasión.*— Concluyamos el sermón. Cuando en la tempestad se enfurece el vendaval, abátense las velas y arrójase al fondo el áncora. Del mismo modo, cuando nos veamos asaltados por cualquier pasión, abatamos las velas, es decir, huyamos de todo lo que pudiera hacerla crecer; echemos luego el áncora, es decir, apoyémonos en Dios y pidámosle fuerza para resistir y no ofenderle.

2º. *Abandonar el mundo o desprenderse de él.*— Pero habrá tal vez quien pregunte qué es lo que debe hacer si se halla en medio del mundo y expuesto, contra su voluntad, al insulto de las pasiones. Orígenes le responde: “En medio de las tinieblas del mundo y en la ceguera producida por las preocupaciones temporales no se puede servir a Dios. ¿No? Pues salgamos de Egipto, abandonemos el mundo, si no con el cuerpo, al menos con el espíritu”. Dado, pues, que sea difícil servir a Dios fielmente en medio de las tinieblas y negocios mundanales, quien quiera asegurar la salvación eterna debe abandonar el mun-

do y refugiarse en alguna orden religiosa observante; allí, como en seguro puerto, nada habrá que temer del mundo. Pero si en realidad no es posible abandonar el mundo, al menos despréndase el corazón de las cosas terrenas y no se deje uno arrastrar por las malas pasiones, como aconseja el Espíritu Santo: *No vayas tras tus concupiscencias y refrena tus antojos* (Ecli 18,30), *y cuando veas que tu voluntad te induce al mal, víoltate; para no sucumbir*.

3°. *Aprovechar este ejemplo breve para prepararse a la muerte.*— *El tiempo es limitado. Por lo demás, que aun los que tienen mujeres se hayan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no gozasen...* Porque pasa la configuración de este mundo (1 Cor 7,29). En suma, el tiempo de la vida es breve, por lo que es necesario que lo aprovechemos para prepararnos a morir penetrados del pensamiento de que todo lo de este mundo acaba. Por esto dice el Apóstol que los que en la tierra lloran, como si no llorasen, porque pasan todas las miserias de la vida, y los que se salvan serán felices por toda la eternidad; y los que se gozan, como si no se gozasen, porque día vendrá en que habrá que dejarlo todo, y quien se condena sera desgraciado por toda la eternidad.

6. Cuánto importa hollar bajo las plantas el respeto humano

I. MOTIVO PRIMERO: LA PERVERSIDAD DEL MUNDO: 1º. *El mundo está lleno de escándalos. — ¡Ay del mundo a causa de los escándalos!* (Mt 18,7). Dice Jesucristo que muchos se condenan a causa de los escándalos de los malvados. Pero ¿cómo es posible hallarse en medio del mundo y evitar el encuentro con algún escándalo? No, esto no es posible, y el que no quiera encontrar escándalo alguno salga del mundo, como dice San Pablo: *Entonces os veríais forzados a salir de este mundo* (Mt 18,7). Pero lo que sí es posible es el evitar la familiaridad con los escandalosos, porque, si trabamos amistad con ellos, no nos substraeremos a la influencia de sus malos consejos: *Con ese tal* (con el escandaloso), *ni comer*, no sea que por respeto humano llegáramos a obrar como ellos y perdiéramos la amistad de Dios.

2º. *Se gloria de sus iniquidades y persigue a los fieles con sus burlas*—. Los mundanos se glorían de sus iniquidades y, como dice la Sabiduría, *se alegran haciendo el mal*. Y lo que aun es peor, quieren formar adeptos y persiguen con sus bur-

las a los que quieren vivir como buenos cristianos y se alejan de los peligros de ofender a Dios. Este es pecado que desagrada particularmente a Dios y lo prohíbe taxativamente: *No afrentes al hombre que se convierte del pecado* (Ecli 8,5). No desprecies al que se quiere alejar del pecado ni trates de incitarlo a malas artes por medio de tus críticas y burlas, porque, a quienes ridiculizan a las gentes de bien, el Señor les amenaza con castigos para esta y para la otra vida. *Prestas están para los escarnecedores las vergas, y los golpes para las espaldas de los necios* (Pv 19,29). Búrlese ahora de los siervos de Dios, pero en el infierno tendrán que padecer las burlas del mismo Dios por toda la eternidad: *El Señor se reirá de ellos; y pararán tras esto en cadáver sin honra y en ludibrio entre muertos por siempre jamás* (Sab 4,18-19).

3°. Hace muchas víctimas inspirando el temor de obrar el bien y de evitar el mal.— Y a la verdad, ¿puede darse mayor perfidia que la de quienes, no contentos con ofender a Dios, quieren que también los demás le ofendan? De ordinario logran su execrable intento, porque muchas son las almas flacas y débiles que, por hurtarse a las burlas y a las mofas de los demás, abandonan el bien y se entregan a una mala

vida. De esto se lamentaba San Agustín, convertido ya al Señor, cuando declaraba que en la época en que frecuentaba la compañía de tales ministros de Satanás se avergonzaba de no ser perverso y desvergonzado como ellos.

¡Cuántos, por no ser tildados de beatos, por no oír que les llaman santurrones, o que les piden de reliquia algún trozo de su vestido, o que les dicen que ya podían ir al desierto o al convento, cuántos, digo, por no oír semejantes lindzas de sus amigos libertinos, se dan a imitarlos y caen en la esclavitud del respeto humano! ¡Cuántos también, al recibir alguna injuria, toman la venganza por su mano, no tanto a impulsos de la cólera cuanto por el respeto humano de que no les tachen de tímidos! ¡Cuántos, después de haber proferido una máxima escandalosa, no se desdicen, como es su obligación, y ello para no perder el concepto que se figuran tendrán ante los demás! ¡Cuántos, por temor de perder el favor de algún amigo, venden el alma al demonio, como hizo Pilatos, quien por temor de perder la gracia de César condenó a muerte a Jesucristo!

II. MOTIVO SEGUNDO: NECESIDAD QUE TIENE EL CRISTIANO DE SUFRIR CONFUSIONES Y PERSECUCIONES PARA SALVARSE: 1º. *Si el cristiano no soporta estas confusiones, cae en un abismo de pecados.*— Estadme atentos, hermanos míos. Si nos queremos salvar, tenemos que vencer los respetos humanos y tolerar aquella confusioncilla que nos pueden acarrear los enemigos de la cruz de Jesucristo: *Hay una vergüenza que conduce al pecado y una vergüenza que es honor y gracia* (Ecli 4,21). Esta vergüenza, si no tenemos valor para sufrirla, nos conducirá al precipicio del pecado; pero, si la sufrimos por Dios, nos merecerá las divinas bendiciones y una gran gloria en el cielo. San Gregorio decía: “La vergüenza es laudable en el mal y reprehensible en el bien”.

2º. *La persecución es inevitable; los malos quieren que todos se les asemejen.*— Mas tal vez digas: “¿Por qué yo, que no me ocupo de los demás, y que tan sólo me preocupo de la salvación de mi alma, por qué habré de ser perseguido?”. A ello te respondo: No hay remedio; no es posible que se sirva a Dios y no se sea perseguido: *Abominación (es) del pecador el recto en su camino* (Prv 29,27). Quienes viven mal no pueden ver a quienes viven bien, porque su vida es

continuo reproche de sus perversas costumbres, y por eso dicen: *Acechemos al justo, porque nos es enojoso y se opone a nuestros hechos, y nos reprocha las transgresiones de la ley* (Sab 2).

El soberbio, que no puede recibir la más mínima afrenta sin pensar instantáneamente en la venganza, quisiera que nadie tampoco dejara impune hasta el más ligerillo insulto. El avaro, con sus injustas ganancias, quisiera que todos acudieran a los mismos procedimientos para enriquecerse. El borracho quisiera que todos se emborrachasen como él. El deshonesto, que se gloria de sus torpezas y no sabe tener conversación limpia, quisiera que todos obrasen y hablasen como él habla y piensa. Y al que no obra de este modo llámanle hombre sin dignidad, sin honor y sin crianza. *Ellos del mundo son: por eso hablan inspirados por el mundo* (Jn 4,5). Los mundanos no tienen más lenguaje que el del mundo ¡Pobres ciegos! Cególos el pecado, y por eso hablan así. *Eso pensaron, y se engañaron, porque los cegó su malicia* (Sab 2,21).

3°. *El cristiano debe imitar los ejemplos de Jesucristo y de los santos.*— Pero repito: no puede el cristiano vivir en la tierra unido con Jesucristo, sin que sea presa de las persecuciones del mundo, porque, como decía San Pablo, *los que*

quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos (2 Tim 3,12). Todos los santos fueron perseguidos. Tú dices que no hiciste mal a nadie; “¿por qué, pues, no me dejan tranquilo?”. Los santos, y particularmente los mártires, ¿a quién hicieron mal? Rebosaban caridad, amaban a todos, únicamente les preocupaba sembrar el bien, y ya veis cómo los trató el mundo, que los torturó con uñas de hierro abrasó con láminas encendidas, hasta que expiraron en medio de las más terribles torturas. Y Jesucristo, que fue el Santo de los santos, ¿qué mal hizo a nadie? Al contrario, a todos consolaba y a todos sanaba; porque *salía de él una virtud que sanaba a todos* (Lc 6,19); y ¿cómo lo trató el mundo? Persiguiéndolo hasta hacerle morir de puro dolor en el patíbulo infame de la cruz.

III. MOTIVO TERCERO: LA ELECCIÓN QUE DEBE HACER EL CRISTIANO ENTRE JESUCRISTO Y EL MUNDO. 1º. *Las máximas del mundo son opuestas a las de Jesucristo.*— Esto acontece porque las máximas del mundo son opuestas a las de Jesucristo. Lo que el mundo aprecia es locura para Jesucristo: *La sabiduría de este mundo necesidad es a los ojos de Dios* (1 Cor 3,19). Por el contrario, el mundo llama locura lo que aprecia

Jesucristo, es decir, las cruces, las enfermedades, los desprecios y las ignominias: *La palabra de la cruz, para los que perecen es una insensatez. ¿Cómo puede ser que se conceptúe cristiano quien se avergüenza de serlo?*”. Si somos cristianos, mostrémonos tales de nombre y de hecho; pues si nos avergonzamos de Jesucristo, Él nos advierte que se avergonzará justamente de nosotros y en el día del juicio final no nos podrá tener a su derecha: *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando viniere en su gloria* (Lc 9,26). Entonces dirá: “Te avergonzaste de mí en la tierra, ahora yo me avergüenzo de tenerte conmigo en el cielo; vete, maldito, vete al infierno a hallar a tus compañeros que se avergonzaron de mí”. Nótese las palabras antes citadas: *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras*. San Agustín decía: “Hay quienes se avergüenzan de negar a Cristo y no se avergüenzan de negar sus máximas”. “Si digo que tales o cuales cosas no se pueden hacer en conciencia, según dice el Evangelio, se reirán de mí mis amigos y me tacharán de beato”. Pues ¿qué?, responderé a este cristiano, con palabras de San Crisóstomo, “¿no quieres la sonrisilla de un compañero y prefieres el odio de Dios?”.

2º. *El cristiano debe hollar el mundo bajo sus plantas para no ser su esclavo.*— *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (Gal 6, 14), decía el Apóstol gloriándose de ir en pos de Jesucristo, que es como si dijera: como un crucificado soy para el mundo objeto de escarnio y de todos los malos tratos, pero también el mundo es para mí objeto de desprecio y de abominación. Comprendamos bien esta verdad: tenemos que hollar el mundo bajo nuestras plantas; de otro modo, el mundo es quien nos tendrá bajo las suyas. Pero ¿qué es el mundo y todos sus bienes? *Todo lo que hay en el mundo* (San Juan lo reduce a) *concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y jactancia de los bienes terrenos* (1Jn 2,16). Y todos los bienes de este mundo, ¿a qué se reducen? A un poco de barro, que eso son las riquezas; a un poco de vanidad, que eso son los honores, y a un poco de podredumbre, que eso son las satisfacciones carnales. *Pues ¿qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* (Mt 16,26).

3º. *Debe hacerse violencia a ejemplo de los santos.*— Quien ama a Dios y se quiere salvar ha de despreciar el mundo y todas las riquezas humanas. En esto todos nos tenemos que hacer violencia. Santa María Magdalena tuvo que vio-

lentarse extraordinariamente para vencer el respeto humano, las murmuraciones y las burlas del mundo cuando en medio de un banquete y en presencia de todos los comensales fue a postrarse a los pies de Jesucristo, se los lavó con sus lágrimas y se los secó con sus cabellos; pero también se santificó y mereció que el Señor la perdonase y alabara su extraordinario amor: *Le son perdonados sus muchos pecados porque amó mucho* (Lc 7,47). Llevando un día San Francisco de Borga bajo su manto un puchero de caldo a los presos, se encontró de pronto con su hijo, que cabalgaba en brioso corcel y acompañado de lucida escolta; sintió el santo cierto rubor de que le vieran lo que ocultaba; mas para vencer ese respeto humano, ¿qué hizo al pronto? Sacó el puchero de debajo del manto, se lo puso sobre la cabeza, y así se burló del mundo. Cuando Jesucristo, nuestro Jefe y Maestro pendía de la cruz, los soldados se mofaban de él, diciendo *Si es que eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (Mt 27,40). También los sacerdotes se burlaban diciendo: *A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse* (Mt 27,42). Pero él no bajó de la cruz y expiró, venciendo así al mundo.

“Doy gracias a mi Dios, decía San Gregorio, por haber merecido el odio del mundo”.

Agradecía a Dios el haberle hecho digno de los desprecios de los hombres; y, en realidad, Jesucristo, para dar a entender en lo que consiste la verdadera felicidad, dijo a sus discípulos: *Bienaventurados sois cuando os aborrecieren los hombres* (Lc 6,22). Cristianos míos, consolémonos; si los mundanos nos maldicen y vituperan, Dios al mismo tiempo nos alaba y bendice: *Maldigan ellos, pero tú bendíceme*. Y ¿no nos basta con que nos apruebe Dios y con él la Reina de los cielos, todos los ángeles, todos los santos y todos los hombres de bien? Dejemos, pues, que los mundanos digan lo que les plazca, y nosotros continuemos agradando a Dios. En el cielo Dios nos recompensará con tanta mayor munificencia cuanto mayor violencia nos hayamos impuesto para despreciar las contradicciones de los hombres. Figúrese cada cual que en la tierra no hay más que Dios y él. Cuando la perversidad nos desprecie, roguemos por ellos, porque son unos pobres ciegos que se pierden miserablemente; nosotros, en cambio, agradezcamos al Señor por darnos las luces que a ellos niega y sigamos nuestro camino. Hay que vencerlo todo para ganarlo todo.

7. Cómo triunfar del respeto humano

I. TOMANDO LA FIRME RESOLUCIÓN DE PREFERIR LA DIVINA GRACIA A TODOS LOS BIENES Y SUFRIR CON ALEGRÍA POR JESUCRISTO, A EJEMPLO DE LOS SANTOS.— Para triunfar del respeto humano se impone que de una vez tomemos la firme resolución de preferir la gracia de Dios a todos los bienes y favores del mundo, diciendo con San Pablo: *Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados..., ni otra alguna criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios* (Rm 8,38-39). Nos exhorta Jesucristo a que no temamos a los que pueden quitarnos la vida del cuerpo, sino tan sólo al que puede condenarnos al infierno, donde se pierden alma y cuerpo: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no la pueden matar; antes temed al que puede aruinar alma y cuerpo en la gehena* (Mt 10,28). ¿A quién queremos seguir, a Dios o al mundo? Si al primero, tenemos que dejar al segundo: *¿Hasta cuándo andaréis cojeando con dos muletas?*, preguntaba Elías al pueblo judío. *Si Yahveh es el verdadero Dios, seguidle; y si Baal, id tras él* (3 Reg 18,21). No se puede servir a entrambos. Quien quiera agradar a los hombres no puede agradar a Dios, decía el Apóstol *Si todavía tratase de*

complacer a hombres, no sería siervo de Cristo (Gal 1,10).

Los verdaderos siervos de Jesucristo, cuando se ven despreciados y maltratados por amor a él, lo reputan a grande honor: *Ellos, dice San Lucas, se iban de la pesencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre* (Hech 5,41). Moisés podía haberse librado de la ira del Faraón con sólo haberse dejado pasar por hijo de la hija del rey, pero rehusó tal filiación y prefirió la aflicción de sus hermanos hebreos, *reputando, dice San Pablo, por riqueza mayor el oprobio de Cristo que no los tesoros de Egipto* (Heb 11,25-29)

II.- RESPONDIENDO CON FIRMEZA A LAS FALSAS RAZONES QUE ALEGAN LOS MALOS Y REPRIENDIÉNDOLOS VALIENTEMENTE.— ¿Que van a llegar los malos amigos y te dirán: “Todo eso no es más que exageración? ¿Por qué no vivir como todos viven?”. Respóndeles: Sin embargo, no todos obran así. Hay otros que viven santamente. ¿Que son pocos? Pues a estos pocos quiero seguir yo, porque el Evangelio dice: *Muchos son llamados, mas pocos elegidos* (Mt 20,16). “Si te quieres salvar con los pocos, decía San Juan Clímaco, vive también como los

pocos". Pero ¿no ves la de murmuraciones y burlas que suscita tu cambio de vida? Responde: "Bástame con que no me critique Dios. Decidme, ¿qué vale más, obedecer a Dios u obedecer a los hombres?". San Pedro y San Juan respondieron a los sacerdotes judíos: *Si es razón delante de Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgadle vosotros mismos* (Hech 4,19). Pero ¿cómo soportaré este insulto tan grande? ¡Si apenas puedo aparecer en público! Responde: "Soy cristiano y me basta poder presentarme ante Dios sin rubor". Así hay que responder a estos satélites de Satanás, despreciando todas sus máximas y recriminaciones. Cuando sea necesario reprender a los que no hacen caso de Dios, hay que armarse de valor y corregir públicamente: *A los que pecaren repréndeles en presencia de todos, para que también los demás cobren temor* (1 Tim 3,20). Cuando se trata del honor de Dios, no nos detenga la cualidad del culpable, sino digámosle abiertamente: "Esto es pecado y no se puede hacer", como hizo el Bautista con el rey Herodes, que vivía desordenadamente con la mujer de su hermano: *No te es lícito tenerla*. Ciertamente que los mundanos nos tacharán de locos y se burlarán de nosotros, pero en el día del juicio confesarán que ellos fueron los locos y nosotros ten-

dremos la gloria de ser numerados entre los santos y entre los hijos de Dios. *Ese era (dirán) el que en otro tiempo tuvimos como objeto de irrisión y como prototipo de abyección; Necios de nosotros, calificamos su vida de locura y de ignominia su remate: ¿cómo fue contado entre los hijos de Dios y entre los santos se halla su herencia?*" (Sab 5,3).

8. Cuán necesario es combatir las pasiones

I. CAUSA DE ESTA LUCHA INTESTINA Y POSIBILIDAD DE VENCER. – *Mira, sólo esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, mas ellos han buscado muchas artimañas* (Eccl 7,30). Dios, pues, creó al hombre recto, es decir, justo en cuanto al alma; pero él, prestando oído a la serpiente, se expuso a la lucha y quedó vencido por ella. Vuelto el hombre contra Dios, las pasiones se rebelaron contra él, y así comenzó la guerra continua que existe entre la carne y el espíritu, de la que dice San Pablo: *La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gal 5,17). A pesar de todo, puede muy bien el hombre, con la ayuda de Dios, resistir y no dejarse dominar de las pasiones; más aún, puede domi-

narlas y sojuzgarlas a la razón, como el Señor dijo a Caín: *Si mal obras, ¿no acechará a la puerta el pecado, que hacia ti tenderá, aun cuando podrás dominarlo?* (Gen 4,7). Por grandes que sean los insultos de la carne y del demonio para apartarnos de Dios, la palabra de Jesucristo permanece verdadera: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17,21). Dentro de nosotros constituyó él un reino, donde la voluntad es reina que debe dominar sobre todos los sentidos y las pasiones. Y ¿puede el hombre ambicionar más preciosa ventaja y más honor que el de dominar sobre sus pasiones?

II. VENTAJAS DE LA VICTORIA: LA LUCHA VICTORIOSA CONTRA LAS PASIONES ES PARTE ESENCIAL DE LA VIDA ESPIRITUAL.— En esto consiste la mortificación interior, tan recomendada por los maestros de la vida espiritual: en dirigir los movimientos del alma; y en esto estriba también la salud del alma. Lo que constituye la salud del cuerpo es equilibrio de los humores, tanto que, roto tal equilibrio, se corre peligro de muerte. La salud del alma consiste también en la sujeción de las pasiones a la razón, y si una pasión domina a la razón, ésta, reducida así el

alma a la esclavitud, sobrevendrá el golpe mortal.

III. DESVENTAJAS DE LA DERROTA. ESTA DERROTA PRODUCE: 1º. *La hipocresía de la vida.*— Muchos se dedican con afán al cultivo del exterior, a parecer modestos, recogidos, y a vuelta de eso conservan en su interior sentimientos contrarios a la justicia, a la caridad, a la humildad o a la castidad. Su castigo será el de los escribas y fariseos, que se limitaban a purificar el exterior, y dentro de sí mismos estaban plagados de pensamientos de injusticia y de impureza: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque limpiáis lo exterior de la copa y del plato, y dentro están rebosando rapiña e incontinencia* (Mt 23,25). Dice el Profeta Rey que toda la gloria del alma, verdadera hija de Dios, está en el interior de la buena voluntad. “¿Para qué, pregunta San Jerónimo, extenuarse con ayunos e hincharse de soberbia? ¿Para qué renunciar al vino y embriagarse de odio? Éstos no se despojan de sus vicios, sino que los cubren con el manto de la devoción.

2º *El reino del pecado.*— Es, pues, necesario que el hombre se despoje de todas las malvadas pasiones, que de lo contrario, en vez de ser él el

rey de sus afectos, se convertirá en su esclavo, reinando en él los pecados, contra lo que nos exhorta el Apóstol: *No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de suerte que obedezcáis a sus concupiscencias* (Rm 6,12). El hombre es tan sólo rey de sí mismo, dice Santo Tomás, cuando rige con la razón el cuerpo y sus afectos carnales. Mas cuando sirve a sus vicios, añade San Jerónimo, cae el cetro de sus manos, pierde el honor y se constituye esclavo del pecado, según aquello de San Juan: *Todo el que obra el pecado, esclavo es del pecado* (Jn 8,34).

3°. *En el cristiano, una vida animal.*— Aconsejamos Santiago que tratemos a nuestro cuerpo y a sus apetitos como tratamos a los caballos, a quienes tenemos que frenar para que no se adueñen de nosotros: *Si a los caballos les ponemos el freno en la boca para que nos obedezcan, así manejamos todo su cuerpo* (Sant 3,3). Por esto, cuando sentimos en nosotros los movimientos de la pasión, es preciso tirar del freno de la razón, pues si aflojamos el freno para contentar a la pasión, nos convertiremos en otras tantas bestias feroces que no tienen por guía la razón, sino la brutalidad de sus instintos: *Que el hombre en opulencia no perdura, se asemeja a las bestias, que perecen* (Sal 48,13). “Que el animal quede

animal, pase, dice San Juan Crisóstomo; pero qué miserable es descender al rango de animal!”. En efecto, añade el santo, carecer de razón por naturaleza propia no es cosa que desdiga; pero nacer hombre dotado de razón y vivir luego como una bestia, obedeciendo a los instintos de la carne sin preocuparse de la razón, es algo intolerable, porque es obrar peor que las bestias. ¿Qué diríais si vierais a un hombre que por gusto viviera en una cuadra con los caballos, comiendo como ellos hierba y cebada y durmiendo como ellos sobre la paja? Peor aún obra a los ojos de Dios el que se deja dominar por la pasión.

4º. *Una vida pagana con sus tristes consecuencias.*— Así viven los gentiles, que, con la mente cegada por las tinieblas, no distinguen el bien ni el mal y van donde los sentidos los impulsan: *No andéis ya*, exhortaba San Pablo, *como andan los gentiles, en la vanidad de su mente, que tienen entenebrecido el entendimiento* (Ef 4,17-18), y por eso, enfangados en sus pasiones, sobre todo en la avaricia y la impureza, no obedecían ya a más ley, como prosigue San Pablo: *Los cuales, perdida toda sensibilidad: moral, se entregaron a la disolución para obrar toda impureza* (Ibid. 19). En tan miserable estado caen los cristianos que, despreciando la razón y a Dios, si-

guen los dictados de la pasión. Dios, en pena de sus pecados, los abandona, como abandonó a los gentiles en manos de sus deseos: *Por lo cual los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones* (Rm 1,24), que es el mayor de los castigos.

CONCLUSIÓN: *Hay que combatir las pasiones y hay que triunfar de ellas, pues es el combate más necesario y la mayor victoria.*— Escribe San Agustín que hay dos ciudades que pueden edificar en nosotros: una, el amor a Dios, otra, el amor propio. “La ciudad celestial se levanta por el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo; y la ciudad terrestre se levanta por el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios”. De aquí que, si el amor de Dios reina en nosotros, nos despreciaremos a nosotros mismos, y si reina el amor propio, despreciaremos a Dios. Triunfar de nosotros mismos: he aquí la excelsa victoria que nos valdrá la corona de la bienaventuranza eterna. Esta era la gran máxima que San Francisco Javier no cesaba de encomendar a sus discípulos: “Véncete a ti mismo, véncete a ti *mismo*”. Todos los pensamientos y sentidos del hombre, dice la Escritura; están inclinados al mal desde la adolescencia: *Las inclinaciones del cora-*

zón humano son malas desde su mocedad (Gen 8,21). Por eso es necesario que durante toda la vida nos preocupemos de combatir y vencer las malas inclinaciones que nacen a la continua en nosotros, como nacen las malas hierbas en los huertos.

Quizás haya quien diga: Pero ¿cómo me podré librar yo de las malas pasiones e impedir que renazcan en mí? Respóndate por mí San Gregorio: “Una cosa es mirar a estas bestias en el campo y otra tenerlas dentro del corazón; cuando se hallan fuera de nosotros, no pueden dañarnos; mas no bien les damos cabida en el corazón, acaban por devorarnos.

9. Cuáles son las pasiones que hay que combatir

I. EL AMOR PROPIO: 1º. *Es la fuente de todos los males y nuestro mayor enemigo.*— Del amor propio proceden todas las pasiones. Este es el principal enemigo que nos combate y a éste tenemos que vencer con la abnegación propia, como enseña Jesucristo a quienes le quieren seguir: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Mt 16,24).

2º. *Hay que vencerlo por el renunciamiento de nosotros mismos.*—Tomás de Kempis escribe: “No entrará en ti el amor de Dios sino cuando salga de ti el amor propio”. En otras palabras: Si no arrojas de ti el amor propio, no entrará en ti el amor de Dios. Santa Ángela de Foligno tenía al amor propio por mayor enemigo que al mismo demonio, porque decía que el amor propio, para hacernos caer, tiene más fuerza que el demonio. Lo mismo decía Santa María Magdalena de Pazzi, como se lee en su vida: “El mayor traidor nuestro es el amor propio, quien, como Judas, nos traiciona al besarnos; quien lo vence, véncelo todo; quien no lo vence, está perdido”. Y añadía la santa: “si no lo puedes matar de un golpe, envenénalo”.

Este maldito enemigo, como decía San Francisco de Sales, no muere en nosotros sino luego de nuestra muerte; por eso, al menos procuremos debilitarlo cuanto podamos, porque, si se fortalece, acabará por matarnos.

3º. *En esta lucha hay que vencer o morir.*—Decía San Basilio que el amor propio da por paga a quienes lo siguen la muerte. El amor propio no busca lo justo y honesto, sino sólo lo que agrada a los sentidos; por eso dijo Jesucristo: *Quien ama su vida* (es decir, los sentidos o la

propia voluntad), *la pierde* (Jn 12,25). Por tanto, quien se ama verdaderamente y quiere salvarse debe rehusar a los sentidos cuanto está vedado por Dios; de otra manera perderá a Dios y se perderá a sí mismo.

II. LAS DOS PRINCIPALES PASIONES:

1º. *Ejercen el mayor imperio sobre nosotros.*— Las dos principales pasiones que ejercen principal dominio sobre nosotros son el apetito concupiscible y el irascible, es decir, el amor y el odio.

2º. *Arrastran en pos de sí a las demás pasiones.*— He dicho *las dos principales*, porque en pos de sí, cuando son malas, va el cortejo de las demás pasiones malas. La concupiscible arrastra en pos la audacia, la ambición, la gula, la avaricia y el escándalo. La irascible tiene por compañeras la venganza, la injusticia, la maledicencia, la envidia.

3º. *Hay que combatir todas estas pasiones una en pos de otra.*— Aconseja San Agustín que en la guerra que sostenemos con las pasiones no hemos de pretender derrotarlas todas a una, sino que tenemos que pisotear a la que hemos echado por tierra, para que ya no tenga fuerza para combatirnos, y, hecho esto, habemos de proceder a abatir a la pasión que se nos resista.

III. LA PASIÓN DOMINANTE: 1°. *Su carácter: todo depende de la victoria sobre esta pasión.*— Sobre todo debemos examinar cuál es nuestra pasión dominante. Quien a ésta vence, todo lo ha vencido, y quien se deja vencer de ella está perdido. Mandó Dios a Saúl que exterminara a todos los amalecitas, con todas sus bestias y riquezas. Saúl destruyó lo más ordinario y perdonó la vida a Agag, conservando los objetos más preciosos: *Pero Saúl y el pueblo se compadecieron de Agag... y de todo lo bueno... En cambio exterminaron todas las cosas viles y de poca estimación* (1 Sam 15,9). Así obraron luego los escribas y fariseos, a quienes dijo el Señor: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque pagáis el diezmo de la menta, del comino, y dejasteis a un lado las cosas más graves de la ley: el justo juicio, la misericordia y la buena fe!* (Mt 23,23). Se preocupaban de pagar el décimo de las cosas más ordinarias y descuidaban las principales de la ley, como la justicia, la caridad con el prójimo y la fe en Dios. Así hacen algunos, que se abstienen de ciertos defectos de menor cuantía y se dejan vencer de la pasión dominante. Con todo, si no sacrifican completamente ésta, jamás llegarán a puerto de salvación. El rey de Siria ordenó a sus capitanes que procuraran solamente la muerte del

rey, sin preocuparse de nada más: *No combatáis* ni a chico ni a grande, sino sólo al rey de Israel (2 Par 18,30). Fieles a esta orden, mataron a Acab y alcanzaron victoria.

2º. *Efectos funestos de la pasión dominante: hace moralmente imposible la salvación, ciega a su víctima y la precipita en todos los excesos.*— Si no matamos al rey, es decir, a la pasión dominante, es imposible que nos salvemos. Cuando la pasión domina al hombre, comienza por cegarle, de modo que ya no pueda ver el precipicio. ¿Cómo evitará la caída en el precipicio el ciego que va guiado por otro ciego, como es la pasión que no se dirige por la razón, sino tan sólo por los sentidos y por el placer? *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya* (Mt 15,14). Nótese, dice San Gregorio, la táctica del demonio, que explota sobre todo la pasión dominante y lanza así tantas almas a horribles excesos.

Ejemplos y explicación.— Llevado por su pasión de reinar, llegó Herodes a la matanza de tanto niño inocente.— Enrique VIII, llevado por el afecto a una mujer, causó infinidad de males espirituales, quitó la vida a muchas dignísimas personas y, finalmente, perdió la fe.

Nada de extraño, porque, cuando reina la pasión dominante, no sabe uno lo que hace, ni

hace caso de nada, ni de correcciones, ni de excomuniones, ni siquiera de la misma condenación: sólo atiende a desahogar la pasión y exclama: “Con tal de que me satisfaga, venga luego lo que viniere”. Y así como una virtud excelsa tiene por cortejo otras virtudes, así un vicio que descuelle arrastra a su seguimiento otros vicios. “Sí, dice San Lorenzo Justiniano, ¡cuántas pasiones encierra en sus cadenas de iniquidad la pasión dominante!”.

PERORACIÓN: 1º. *Reprimid los primeros ataques de la pasión.*— Cuando empiece a levantar cabeza la pasión, hay que reprimirla al punto, sin dejarla fortalecerse. “Cuidad, decía San Agustín, de que la pasión no vaya creciendo, y para ello aplastadla en su misma cuna” Y San Efrén: “Si tardáis en curar la pasión, se convertirá en úlcera”. Acontece con ella como con la herida, que, si no se la cierra, hácese incurable.

Ejemplo.— He aquí cómo se las arregló cierto padre del desierto como refiere San Doroteo, para probar esta doctrina prácticamente: mandó a un discípulo que desarraigase de la tierra un ciprés tierno, obedeció y lo arranco en seguida; mandóle después que arrancase otro más grandecito, y ya tuvo que trabajar en arrancarlo;

mandóle, finalmente, que desarraigase otro de raíces bien arraigadas, y no pudo conseguirlo el discípulo. Después de lo cual dijo el monje anciano: Así, hijo mío, son nuestras pasiones, que, una vez arraigadas firmemente en el corazón, no podremos arrancarlas de él. Oyentes míos, tened siempre ante los ojos esta máxima, que o se ha de poner al alma bajo los pies de la carne o la carne se ha de poner bajo los pies del alma.

2º. *Dad otro curso a las pasiones.*— Bella es la regla enseñada por Casiano a este respecto: “Procuremos, dice, que nuestras pasiones cambien de objeto, y entonces, de viciosas, se trocarán en santas. El que se sienta inclinado a enfadarse contra los que le faltan al respeto, dé otro curso a la cólera y vuélvala contra el pecado, monstruo capaz de dañarlo más que todos los monstruos del infierno. El que se sienta inclinado a amar a las personas dotadas de tal o cual bella cualidad, vuelva su amor hacia Dios, que reúne todas las perfecciones más dignas de cautivar nuestro corazón”.

3º. *Rezad.*— Pero el mejor remedio contra las pasiones es la oración, el recurrir a Dios para que nos libre de ellas. Cuando se encarnicen contra nosotros las pasiones, redoblemos las oraciones. Entonces de nada valen la razón ni las refle-

xiones, porque la pasión todo lo oscurece; ¿qué digo?, cuanto más se piensa en el objeto presentado por la pasión, más encantos parece revestir; de ahí que no haya recurso más eficaz que acudir a Jesucristo y a la Santísima Virgen María, suplicándoles entre lágrimas y suspiros: “*Señor, ¡socorro!, nos perdemos. No permitas que me aparte de ti*”. “*Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios*”.

Unid vuestro corazón sólo a Dios.— Ea, pues, levantémonos de la tierra, almas creadas para amar a Dios; dejemos de ocupar nuestra mente y corazón en la vileza de este mundo, dejemos de amar el fango, el barro, la podredumbre, y empleémonos con todas las fuerzas en amar al sumo e infinito bien, a nuestro amabilísimo Dios, que nos creó para sí y nos espera en el cielo para hacernos felices y hacernos participantes de la misma gloria que Él disfruta por toda la eternidad.

10. Desconfianza de nosotros mismos

I. POR NOSOTROS MISMOS NADA PODEMOS EN ORDEN A LA SALVACIÓN.— *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*, aconsejaba el

Apóstol. Para conquistar la vida eterna es necesario temblar y temer de continuo, desconfiando por completo de nuestras fuerzas, porque nada podemos hacer sin la gracia de Dios: *Fuera de mí nada podéis hacer* (Jn 15,5). Dice San Pablo que ni de un solo buen pensamiento somos capaces por nosotros mismos: *No que por nosotros mismos* seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de Dios (2 Cor 3,5). Ni siquiera podemos nombrar a Jesús útil y meritoriamente, sin la ayuda del Espíritu Santo: *Nadie puede decir: "Señor Jesús", sino por el Espíritu Santo* (1Cor 12,3).

II. DIOS DEJA CAER EN PECADO A QUIENES CONFÍAN EN SÍ MISMOS.— ¡Desgraciado quien en los caminos de Dios confía en sí mismo! Bien experimentó San Pedro esta desgracia cuando Jesucristo le predijo que en aquella noche le había de negar: *En verdad te digo que en esta noche, antes de cantar el gallo, me negarás tres veces.* (Mt 24,34). San Pedro, fiado en sus propias fuerzas y buena voluntad, respondió: *Aunque me vea en el trance de morir contigo, no seré quien te niegue* (Ibid 35). Mas ¿qué aconteció? En la noche del arresto de Jesucristo hallábase en el

patio de Caifás, y no bien le echaron en cara ser uno de los discípulos del Salvador, atemorizado, renegó tres veces del Maestro, asegurando que nunca lo había conocido. Pensémoslo bien. Tanta necesidad tenemos de la humildad y de desconfiar de nosotros, que a las veces no duda Dios en dejarnos caer en algún pecado para adquirir tal humildad y el conocimiento de nuestra debilidad. Esta desgracia le aconteció también a David, por lo que luego de su pecado exclamaba: *Antes anduve errado que afligido* (Sal 118,67).

III. QUIEN CONFÍA EN SÍ MISMO NO TEME EXPONERSE AL PELIGRO, SE OLVIDA DE ENCOMENDARSE A DIOS Y CAE EN UN ABISMO DE PECADOS.— Por esto el Espíritu Santo llamaba feliz al hombre que se conserva en el temor de Dios: *Feliz el hombre que se está siempre temeroso* (Prv 28,14). El que teme la caída, desconfiando en sus fuerzas, huye en cuanto puede de las ocasiones peligrosas, se encomienda a menudo a Dios y así se conserva libre de los pecados. Pero quien no tiene temor alguno y confía en sí mismo, se expone fácilmente a los peligros de caer, es flojo en encomendarse a Dios y acaba por caer. Figurémonos que hubiera un hombre colgado de una cuerda al borde de un precipicio.

Este tal, viéndose en tamaño peligro, suplicaría y diría a quien lo sostuviese de la cuerda: “¡Por favor, por caridad, sujeta firme la cuerda y no la dejes!”. Pues bien, cada uno de nosotros corre el peligro de caer en el abismo de todas las maldades si Dios no lo sostiene con su mano. De aquí que sin cesar tengamos que pedir a Dios no nos deje de su mano y nos socorra en todos los peligros.

San Felipe Neri solía decir al levantarse: “Señor, extended hoy la mano sobre Felipe; si no, Felipe os traicionará”. Y leemos en su vida que, caminando por Roma y pensando en sus miserias, iba diciendo: “¡Estoy desesperado! ¡Estoy desesperado!”. Oyólo cierto religioso y, creyendo que en realidad estuviese tentado de desesperación, lo corrigió y animó a esperar en la divina bondad, a lo que el santo contestó: “De quien estoy desesperado es de mí mismo, pero confío en Dios”. Así tenemos nosotros que vivir en el mundo, expuestos como estamos a perder a Dios: siempre hemos de desesperar de nosotros mismos, pero siempre habemos de esperar en Dios.

11. Confianza en Dios

I. NECESIDAD DE ESTA CONFIANZA.— Escribe San Francisco de Sales que, si el conocimiento de nuestra debilidad no nos inspirara más que desconfianza en nosotros, sólo serviría para hacernos pusilánimes, con peligro de caer en la relación y quizás en la desesperación. Cuanto más desconfiamos de nuestras fuerzas, tanta mayor confianza habemos de tener en la misericordia divina. Esta es una balanza dice el santo; cuanto más baja el platillo de la desconfianza propia, tanto más se eleva el de la confianza en Dios.

II. TRES VERDADES EN QUE SE APOYA ESTA CONFIANZA: 1º. *La Sagrada Escritura prueba que los pecadores deben también confiar en Dios, en quien encontrarán su fuerza y sostén.* Oídmeme, pecadores que por desgracia vuestra ofendisteis a Dios en lo pasado y estuvisteis condenados al infierno: si el demonio os dijere que hay poca esperanza de salvaros, respondedle con la Sagrada Escritura: *¿Quién confió en el Señor y fue deshonrado?* (Ecli 2,11). Ningún pecador confió en el Señor y se vio perdido. Tomad en seguida la firme resolución de no volver a pecar; abandonaos en brazos de la divina bondad, y no dudéis

entonces de que Dios tendrá compasión de vosotros y os salvará del infierno: *Sobre el Señor arroja tu cuidado, y Él te sustentará* (Sal 54,23). Refiere L. de Blois que un día dijo el Señor a Santa Gertrudis: “Quien en mí confía me hace tan suave violencia, que me imposibilita negarle nada”.

Dice el profeta Isaías: *Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan; andan y no se cansan* (Is 40,31). Quienes ponen su confianza en Dios robustecerán su fortaleza, pues, dejando la propia debilidad, adquirirán la fortaleza de Dios, volarán como águilas por los caminos del Señor y no sentirán fatiga ni desmayo. David llegaba hasta decir: *La misericordia rodea al que confía en el Señor* (Sal 31,10); de tal modo rodea la misericordia del Señor a quien en Él confía; que no le podrá faltar nunca.

2º. *Cuanta mayor confianza tenga el cristiano en la misericordia divina, más gracias alcanzará.*— Según San Cipriano, la misericordia divina es fuente de infinitas riquezas, y cuanto mayor es el recipiente de confianza que a la fuente se lleva, tanto más abundantes son las gracias que se reportan; por esto escribió el Profeta Rey: *Sea tu gracia, Señor, sobre nosotros, según de ti espera-*

mos (Sal 32,22). Por lo tanto, cuando el demonio nos amedrente poniendo ante nuestra vista tantas dificultades en perseverar en gracia de Dios en medio de tantas ocasiones y peligros como hay en esta vida, por toda respuesta alcemos los ojos a Dios y esperemos en su bondad, y estemos firmemente seguros; de que su divina bondad nos enviará los auxilios necesarios para resistir: *Levanto hacia los montes mis ojos: ¿de dónde mi socorro me vendrá?* (Sal 120,1). Y cuando el enemigo nos represente nuestra debilidad, digamos con el Apóstol: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil 4,13). De mí nada puedo, pero confío en Dios que con su gracia lo podré todo.

3º. *Debemos volvernos hacia Jesucristo, que nos rescató con su muerte.*— En medio de tantos peligros como estamos de perdernos, volvámonos siempre hacia Jesucristo, abandonándonos en las manos de quien nos redimió con su muerte, y digámosle: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad* (Sal 30,6). Y al decir esto, excitémonos a la esperanza de llegar un día a la vida eterna, añadiendo: *A ti, Señor, me acojo; no quede para siempre confundido.*

12. Resistencia a las tentaciones

I. DEBEMOS RESISTIR A LAS TENTACIONES, A VECES VIOLENTAMENTE Y CON REDOBLADAS ORACIONES.— Harto conocido es que en cualquier ocasión peligrosa Dios nos socorre, si acudimos confiados a Él; pero hay a las veces ciertas ocasiones más críticas en las que Dios quiere que pongamos por nuestra parte todo lo que podamos, violentándonos en la resistencia. No bastará entonces que acudamos una o dos veces a Dios, sino será preciso que menudeemos las oraciones postrándonos a las plantas de la Santísima Virgen María y a los pies del crucifijo y diciendo entre lágrimas: “Madre mía María, ayúdame; Jesús, Salvador mío, sálvame; por piedad, no me abandones, no permitas que tenga la desgracia de perderme”.

II. PRUÉBASE ESTA VERDAD CON TEXTOS DEL EVANGELIO Y CON EJEMPLOS DE LOS SANTOS.— Recordemos algunos textos del Evangelio: *¡Cuán angosta es la puerta y estrecha la senda que lleva a la vida!* (Mt 7,14). La senda del cielo es estrecha; como se suele decir, no pasan por ella las carrozas; quien quiera entrar en carroza no lo conseguirá; por esto entran pocos en el cielo,

porque son pocos los que quieren hacerse violencia para resistir a las tentaciones. *El reino de los cielos padece fuerza*, y hombres esforzados arrebatan de él (Mt 11,12). A propósito de esto dice un autor: “Con violencia se le busca, se le invade y se le ocupa”. Hay que buscar el reino de los cielos violentándose; quien lo quiera conquistar sin molestarse y viviendo vida tranquila y muelle no lo conquistará y quedará excluido de él.

Ejemplos de los santos.— Los santos para salvarse fueron a vivir a los claustros, a los desiertos, o, como los mártires, se enfrentaron con las torturas de la muerte. *Hombres esforzados le arrebatan* (Mt 15,12). Laméntanse algunos de no tener confianza en Dios, y no se dan cuenta de que su poca confianza nace de su poca resolución en el servicio de Dios. Santa Teresa decía: El demonio “ha gran miedo a ánimas determinadas”. Y el Sabio escribe: *Los deseos del perezoso lo matan* (Prv 21,25). Muchos se quieren salvar y hasta santificarse, pero nunca se resuelven a adoptar los medios, la meditación, la frecuencia de sacramentos, el desprendimiento de las criaturas; y si los adoptan, se cansan luego de ello. En una palabra, se alimenta uno de deseos ineficaces y a la vez se continúa viviendo, si no en

desgracia de Dios, al menos en la tibieza, que aboca a la ruina del alma con la pérdida de Dios; allí es cómo los deseos matan al perezoso.

PERORACIÓN: 1°. *Formar la firme resolución de darse a Dios y adoptar los medios convenientes.*— Por lo tanto, si queremos salvarnos y santificarnos, es preciso que nos resolvamos firmemente, y no sólo en general, a darnos a Dios y, en consecuencia, a adoptar en particular los medios oportunos.

2°. *Ser fieles a ellos, con súplica constante a Jesús y a María.*— Y para no abandonarlos jamás no dejemos de encomendarnos a Jesucristo y a su santísima Madre, para que nos obtengan la santa perseverancia.

13. Utilidad de las tribulaciones

I. VENTAJAS CON RELACIÓN AL PECADO:

1°. *Las tribulaciones abren los ojos acerca de los pecados cometidos.*— Quien no ha sido tentado, poco sabe; mas quien ha viajado de acá para allá, abunda en destrezas (Ecli 34,9). Quien vive en la prosperidad, sin experiencia de adversidades, nada sabe del estado de su alma. Las tribulacio-

nes nos hacen abrir los ojos, al paso que las prosperidades nos los ciegan. San Pablo reconoció los errores en que vivía cuando en su ceguera se le apareció Jesucristo. El rey Manasés, en la cárcel de Babilonia, recurrió a Dios, reconoció sus extravíos e hizo penitencia de ellos: *Cuando él se vio en angustia, trató de congraciarse con su Dios, y se humilló profundamente ante el Dios de sus padres* (2 Par 33,12). El hijo pródigo, dedicado a la custodia de animales inmundos y afligido por el hambre que padecía, exclamó: *Me levantaré y me iré a mi padre* (Lc 15,17).

2º. Desasen de las cosas del mundo.— La tribulación nos desprende de los afectos a las cosas terrenas. Cuando la madre quiere destetar a su hijo, pone hiel en los pechos para que los aborrezca y se habitúe a mejor alimento. Así obra Dios con nosotros para desprendernos de los bienes terrenos: acibáralos para que, gustando su amargura, los aborrezcamos y pongamos todo nuestro afecto en cosas celestiales. Dice San Agustín que, “Dios mezcla la amargura con las felicidades terrenas para que suspiremos por la otra felicidad, cuya dulzura no es engañosa”.

3º. Arman contra las tentaciones.— Los que viven entre prosperidades siéntense molestados por infinidad de tentaciones de soberbia, de

vanagloria, de sed ávida de riquezas, de honores y más honores, de placeres y más placeres. De tales tentaciones nos libran las tribulaciones y nos tornan humildes y contentos con el estado en que nos coloca el Señor. Por esto escribía el Apóstol: *Somos corregidos por el Señor a fin de que no seamos condenados por el mundo* (1 Cor 11,32).

4º. *Hacen expiar los pecados.*— Nos hacen satisfacer por los pecados cometidos bastante mejor que con las penitencias hechas voluntariamente por propio impulso. “¡Oh hombre, exclama San Agustín, comprende que Dios se hace médico tuyo para curar las llagas que te hicieron los pecados y emplea el medicamento de las tribulaciones”. ¡Excelente remedio el de las tribulaciones!, por lo que el santo corrige al pecador que se queja de que Dios se las envíe: “¿A qué quejarte, cuando recibes no un castigo, sino una medicina?”. Job llamaba dichoso al que Dios corregía con tribulaciones, porque Dios sana con las mismas manos con que hiere: *Pues Él es quien hiere y quien venda; llaga, y sus manos curan* (Job 5,18). Razón le sobraba a San Pablo para gloriarse en las tribulaciones: *Nos gozamos en las tribulaciones* (Rm 5,3).

II. VENTAJAS CON RELACIÓN A LA VIRTUD:

1º. *Las tribulaciones obligan a recurrir a Dios.* Las tribulaciones nos hacen acordarnos de Dios y nos obligan a recurrir a su misericordia, viendo que solo Él puede y quiere aliviarnos en nuestras miserias: *En su angustia me buscarán*; por lo que luego dijo el Señor, hablando a los atribulados: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré* (Mt 11,28). Por eso se llama: *Nuestro refugio y nuestra fuerza* (Sal 45,2). David escribió: *Si los hería de muerte, le buscaban, y se volvían a preguntar por Dios* (Sal 77, 34). Viéndose los hebreos atribulados, y ante el estrago que en ellos hacían sus enemigos se acordaban de Dios y volvían a él.

2º. *Dan ocasión de practicar muchas virtudes y contribuyen a adquirir muchos méritos.*— Las tribulaciones nos hacen ganar muchos méritos ante Dios, pues nos dan ocasión de practicar las virtudes que le son más caras, como la humildad, la paciencia y la conformidad con su voluntad santísima. Decía el Santo Juan de Ávila: “Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejando su voluntad propia hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un *gracias a Dios, un bendito sea Dios*, que tres mil

gracias y bendiciones de prosperidades". San Ambrosio había dicho: "Suprime el padecer de los mártires, y habrás suprimido su Corona". ¡Cuántos tesoros de méritos gana quien sufre pacientemente desprecios, pobreza y enfermedades! Ser despreciados de los hombres: he aquí lo que verdaderamente deseaban los santos, he aquí lo que ambicionaban por amor de Jesucristo y para asemejársele.

Además, ¡qué de ganancias en el soportar las incomodidades de la pobreza! "¡Dios mío y todas mis cosas!", decía San Francisco de Asís, y al decirlo se reputaba más rico que todos los grandes de la tierra. Harta verdad dijo Santa Teresa cuando escribió: "Mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad". ¡Dichoso quien pueda decir de todo corazón: Jesús mío, tú solo me bastas. Si te crees desgraciado por ser pobre, dice San Juan Crisóstomo, bien desgraciado eres y digno de lástima, no ya por ser pobre, sino porque, siéndolo, no te abrazas con la pobreza y te juzgas desgraciado.

Finalmente, practicando la paciencia en las enfermedades es mucho lo que merecemos, tanto que labramos una gran parte de la corona que nos está preparada en el cielo. Enfermo habrá que se queje de que en la enfermedad no puede

hacer nada, pero se equivoca, porque lo puede hacer todo, aceptando en paz y resignadamente los padecimientos. Escribe San Juan Crisóstomo: “La cruz de Cristo es la llave del paraíso”.

3º. *Son el medio de llegar a la santidad.*—Decía San Francisco de Sales: “La ciencia de los santos consiste en sufrir constantemente por Jesucristo; así nos santificaremos”. Así prueba Dios a sus servidores y los halla dignos de sí. *Dios los sujetó a prueba y los halló dignos de sí* (Sab 3,5). Y el Apóstol dice: *A quien ama corrija el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce* (Heb 12,6). De aquí que Job dijese: *Si aceptamos de Elohí el bien, ¿no hemos de aceptar también el mal?* (Job 2,10). Si nosotros, exclamaba, recibimos con agrado tantos bienes de Dios, es decir, las prosperidades de esta vida, ¿por qué no habremos de recibir con mayor agrado los males, es decir, las tribulaciones, que nos son mucho más útiles que las prosperidades? Decía San Gregorio que así como la llama se aviva al contacto del aire, así el alma se perfecciona al contacto de las tribulaciones.

Para las almas fervorosas, las tribulaciones más penosas son las que proceden del demonio en su esfuerzo por hacernos ofender a Dios; pero también ¿qué méritos ganan los que rechazan las

tentaciones y las soportan pacientemente recurriendo a Dios! *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis* (1 Cor 10,13). El Señor permite las tentaciones para que al rechazarlas adquiramos otros tantos merecimientos. *Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados, dice el Señor* (Mt 5,5). Bienaventurados, dice el Apóstol, *porque eso momentáneo, ligero, de nuestra tribulación, nos produce, con exceso incalculable, siempre creciente, un eterno caudal de gloria* (2 Cor 4,17).

III. VENTAJAS CON RELACIÓN A LA PREDESTINACIÓN: 1º. *Las tribulaciones nos aseguran el cielo.*— Sufrid en paz, dice San Juan Crisóstomo, las tribulaciones, porque, si las aceptáis resignadamente, ganaréis grandes cosas; pero si las recibís de mala gana, en vez de disminuir vuestro dolor, aumentará. De buena o de mala gana, tenemos que pasar por muchas tribulaciones, como dice el Apóstol: *Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios* (Hech 14,21). Decía un gran siervo de Dios que el cielo es la patria de los pobres, de los perseguidos, de los humillados y afligidos, como fueron los mártires y todos los santos sin excepción. El apóstol San Pablo nos da, en consecuencia, este aviso: *Tenéis*

necesidad de paciencia, a fin de que, habiendo cumplido la voluntad de Dios, alcancéis la promesa (Heb 10,46). Pero pregunta San Cipriano, hablando de las tribulaciones de los santos: “¿Qué supone todo esto para los servidores de Dios llamados como están a las alegrías del cielo?”.

2º. Son señal de que Dios perdona al alma y le devuelve su amor.— En suma, que, si Dios prueba, es para nuestro bien y no para nuestro mal, como lo proclamó Judit: *Como a ellos no los exterminó, sino que los pasó por el fuego para aquilatación de su corazón, tampoco de nosotros tomó venganza, sino que para corrección azota el Señor a los que se llegan a él (Jud 8,27).* San Agustín añade: “El Señor está irritado contra el hombre a quien no castiga por sus pecados”. Si vemos a un pecador atribulado en esta vida, es señal de que Dios quiere tener misericordia de él en la otra cambiando el castigo eterno por el temporal, que es infinitamente menor. ¡Desgraciado, por el contrario, del pecador que no es castigado por Dios en la vida!; señal de que reserva contra él toda su indignación para la eternidad.

Preguntaba a Dios el profeta Jeremías: *¿Por qué el proceder de los impíos prospera? (Jr 12,1);*

y respondía el propio Jeremías: *Sepáralos como ovejas para el degüello y conságralos para el día de la matanza* (Ibid 3). Así como en el día del sacrificio se reúnen todas las bestias destinadas a morir, así los impíos están destinados a la muerte eterna como víctimas de la ira divina. “Sí, Señor, comenta Duhamel, resérvalos para que, en el día que señales para el sacrificio, los inmoles a tu justa cólera”.

Por tanto, cuando Dios nos envíe tribulaciones, digamos con Job: *Había pecado y torcido el derecho, mas Él no me ha dado mi merecido*. Señor, mis pecados merecían mucho mayor castigo que el que me enviáis. Más aún, habemos de rogar a Dios con San Agustín: “Emplead aquí el hierro y el fuego; no perdonéis en la tierra para que perdonéis en la eternidad”. De lo contrario, véase aquí el formidable, el más formidable de los castigos del pecador: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is 26,10). Dejemos de castigar al impío en la tierra; dejémosle arrastrar su vida desordenada, y así le reservaremos para el castigo eterno. “¡Ah!, exclama San Bernardo, yo no me suscribo, Señor, a esta misericordia, pues tal compasión se me hace más formidable que todos los rigores de vuestra cólera”.

Las tribulaciones que Dios nos envía en la tierra son, por lo tanto, otras tantas pruebas de su amor hacia nosotros, como dijo el ángel a Tobías: *Y puesto que eras acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase* (Tob 12,13). De aquí que el apóstol Santiago llame *bienaventurado al hombre que sobrelleva la tentación, porque, acrisolado con ella, recibirá, la corona de la vida, que Dios prometió a los que le aman* (Sant 1,12).

3º. Nos *asemejan a Cristo y a los santos*.— Quien quiera ser glorificado con los santos en el cielo, necesita, como ellos, padecer en la tierra, pues ninguno de ellos fue querido y bien tratado por el mundo, sino que todos fueron perseguidos y despreciados, verificándose lo del propio Apóstol: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos* (2 Tim 3,12). Por esto decía San Agustín que el que no quiere las persecuciones no ha comenzado a ser cristiano. Cuando nos sintamos atribulados, bástenos para consuelo saber que entonces el Señor está cerca y nos acompaña: *Cercano está el Señor de los que tienen el corazón contrito* (Sal 33,19). *En la angustia, con él estaré yo* (Sal 90,15).

14. Manera de soportar las tribulaciones.

Dos disposiciones requeridas para sacar fruto de las tribulaciones

1º. PUREZA DE ALMA. ES NECESARIA:

1º. Para padecer.— El alma sometida a las tribulaciones de la vida presente debe en primer lugar salir del pecado y hacer cuanto le sea posible para reintegrarse a la gracia de Dios. De no hacerlo cuanto sufra en estado de pecado mortal lo sufrirá sin mérito alguno para el cielo. Decía San Pablo: *Si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviere caridad, ningún provecho saco* (1 Cor 13,3). Si hubiera quien padeciese todos los tormentos de los mártires, incluso el tormento del fuego, y se viese privado de la divina gracia, de nada le valdría todo ello.

2º. Para ser consolado en las penalidades.— Por el contrario, el que sufre, pero sufre con Dios y por Dios, sentirá, merced a su resignación, que todo su sufrimiento se cambia en consuelo y en alegría: *Vuestra congoja se trocará en gozo* (Jn 16,20). Por esto los apóstoles, luego de ser injuriados y apaleados por los judíos, salían del consejo llenos de alegría por haber sido así maltratados por amor de Jesucristo: *Iban de la presencia del sanedrín gozosos por haber sido hallados*

dignos de ser afrentados por causa de tal nombre (Hech 5,41). Por lo tanto, cuando Dios nos visite con la tribulación, se impone que digamos con Jesucristo: *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?* (Jn 18,11). Y no se olvide que la tribulación, venga de los hombres o venga de Dios, siempre viene de Dios que es quien la envía.

II. LA CONFIANZA EN DIOS: 1º. *Dios solo puede y debe socorrer.*— Además, cuando nos veamos atribulados por todas partes y no sepamos qué hacer, volvámonos a Dios, que únicamente es quien nos puede consolar. Así decía el rey Josafat hablando con el Señor: *Carecemos de fuerza frente a esa gran multitud que se nos viene encima, y no sabemos qué hacer; mas en ti tenemos puestos nuestros ojos* (2Par 20,12). Así hacía David en sus tribulaciones, recurrir a Dios, que lo consolaba: *Clamé al Señor en la congoja mía, y Él me escuchó* (Sal 119,1). También nosotros debíamos recurrir a Dios y suplicarle, y volverle a suplicar hasta ser atendidos: *Cual atentos los ojos de la esclava a las manos están de su señora; así al Señor, Dios nuestro, nuestros ojos miran a que se apiade de nosotros* (Sal 123,2). Mientras Dios no nos haga sentir los efectos de su miseri-

cordia, tengamos hacia Él levantados los ojos y no cesemos de rogarle.

Grande debe ser nuestra confianza en el Corazón de Jesús, tan lleno de misericordia, sin hacer como aquellos que, apenas empiezan a pedir, se cansan en seguida al no verse atendidos prontamente. A estos tales se les aplica lo que el Salvador dijo a San Pedro: *Poca fe, ¿por qué titubeaste?* Cuando pedimos gracias de orden espiritual o que pueden servir al bien de nuestra alma, hemos de tener por cierto que, si por nuestra parte pedimos con perseverancia y sin perder la confianza, Dios ciertamente nos atenderá. *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo recibisteis y lo alcanzaréis* (Mc 11,24). Por lo tanto, es necesario que en las tentaciones nunca dejemos de rogar ni de confiar plenamente en que la divina bondad no dejará de consolarnos; si la prueba continuare, digamos con Job: *Aunque me matare, en él esperaré* (Job 13,15).

2º. *Esperar socorros de las criaturas es engaño para el alma y pena para Dios.* Las almas de poca fe suelen en sus tribulaciones ir en busca de consuelos antes a las criaturas que a Dios, y con ello no hacen más que menospreciar a Dios y quedar engañadas en sus miserias: *Si el Señor la casa no edifica, trabajarán en vano los cante-*

ros. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano el centinela estará alerta (Sal 126,1). He aquí cómo reflexiona San Agustín acerca de este texto: “Dios es quien edifica, Dios quien os da inteligencia y Dios quien lleva a buen fin vuestros esfuerzos. Sin duda que nosotros trabajamos como obreros, pero no olvidéis el texto del salmo: Si el Señor la casa no edifica, trabajarán en vano los canteros”. Todo bien, todo auxilio debe venir de Dios, pues sin él las criaturas de nada nos pueden servir.

De aquí estas quejas del Señor a su pueblo: *¿No está ya Yahveh en Sión?... ¿Por qué me han irritado con sus esculturas?... ¿No hay ya bálsamo en Gabaad? ¿No existe médico allí? ¿Por qué, pues, no ha surgido la curación de mi pueblo? (Jr 8,19-21). ¿Quizás no estoy yo en Sión, dice Dios, ya que los hombres provocan mi indignación recurriendo a las criaturas, en quienes cifran todas sus esperanzas hasta convertirlas en dioses? ¿No van buscando remedio a sus males? Y ¿por qué no lo buscan en Galaad, monte de Arabia lleno de ungüentos aromáticos, que simboliza la misericordia divina, donde hallarían el médico y la medicina de todos sus males? ¿Por qué, pues, añade el Señor, quedan abiertas vuestras llagas sin hallar curación?*

Sencillamente, porque acudís confiados a las criaturas y no a mí.

3º. *Dios vendrá en nuestra ayuda prontamente y con sabiduría.*— En otro lugar dice el Señor: *¿Acaso soy para Israel desierto o tierra tenebrosa? ¿Por qué, pues, ha dicho mi pueblo: Nos hemos retirado, no vendremos más a ti?... Pues mi pueblo hame olvidado días sin cuento* (Jr 2,31-32). Laméntase Dios y exclama: *¿Por qué decís, hijos míos, que ya no queréis recurrir a mí? ¿Quizás me he convertido para vosotros en tierra estéril, que no da fruto o lo da muy tardío? ¿He frustrado tal vez vuestras esperanzas para que así os olvidéis de mí? Con tales palabras nos da a entender su deseo de que recurramos a Él, para que pueda dispensarnos sus mercedes; y a la vez nos hace saber que, cuando a él acudimos, acude presto y presto comienza a socorrernos. No, no duerme el Señor, dice David, cuando acudimos a su bondad y le pedimos las gracias necesarias a nuestra alma, sino que nos oye y se preocupa de nuestros intereses: No, no ha de adormecerse ni dormirse el guardián de Israel* (Sal 120,4). Y cuando se trata de gracias temporales, dice San Bernardo, Dios nos da lo que solicitamos de su bondad o lo que sabe nos ha de ser más ventajoso. O nos concederá la gracia solici-

tada, siempre que sea conveniente para el alma, o nos dará algo más útil, como la gracia de la resignación a la divina voluntad, sufriendo pacientemente aquella tribulación, lo que nos valdrá merecimientos para el cielo.

PERORACIÓN.— Acto de contrición y de firme propósito a Jesús y a María.

15. Obligación de huir de toda ocasión peligrosa

1º. *Las ocasiones favorecen nuestra funesta inclinación al pecado.*— Con el pecado original hemos heredado la funesta inclinación al pecado, es decir, a hacer lo que está prohibido; el mismo San Pablo se lamentaba de sentir esta ley contraria a la razón: *Veo otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado* (Rm 7,23). Cuando se presenta la ocasión peligrosa, esta malvada inclinación provoca en nosotros violentos asaltos, a los que es muy difícil resistir, porque Dios niega las gracias eficaces a quienes se ponen voluntariamente en la ocasión: *Quien ama el peligro sucumbirá en él* (Ecli

3,27). Quien no huye del peligro queda abandonado del Señor, como asegura Santo Tomás: “Cuando nos exponemos al peligro, Dios nos abandona a nosotros mismos”. Por esto decía San Bernardino de Siena: “Este es el más importante de los consejos de Cristo y al que hay que mirar como fundamento de toda la religión: el de la huida de las ocasiones peligrosas”.

2º. *Las ocasiones abren la puerta al demonio.*— Escribe San Pedro que el demonio *anda en torno buscando a quién devorar (1 Ped 5,8)*. El enemigo da vueltas en torno de cada alma para entrar y enseñorearse de ella. Para conseguir su intento comienza por exponerla a la ocasión de pecado, y, al decir de San Cipriano, busca nuestro lado débil para abrir brecha. No bien el alma deja abierto el portillo de la ocasión, el demonio entra con toda facilidad para devorarla. Tal fue la causa de la ruina de nuestros primeros padres, que no huyeron de la ocasión. Dios les había prohibido no sólo comer, pero ni aun tocar el fruto vedado, como la misma Eva lo dijo a la serpiente cuando la tentaba a comerlo: *No comáis de él ni lo toquéis, para que no muráis (Gen 3,3)*. Pero la desgraciada, como nota un comentador, *vio, cogió y comió*; primero comenzó por mirar la fruta prohibida, luego la tomó en sus manos y

terminó por comerla. Esto pasa de ordinario a los que se ponen voluntariamente en la ocasión.

Obligado cierto día el demonio, en un exorcismo, a decir cuál era el sermón que más le desagradaba, respondió: “El de la huida de las ocasiones peligrosas”. Y con razón, porque se suele reír de todos los buenos propósitos y de las promesas hechas a Dios. Su principal cuidado es inducir a los hombres a que no huyan de las ocasiones peligrosas, porque la ocasión es como una venda que tapa los ojos e impide ver las luces recibidas, las verdades eternas y los propósitos formados; en una palabra, hace olvidar todo y como que fuerza al pecado.

3º. *Por ellas el alma cae en los lazos del mundo.*— *Sábetete que andas en medio de asechanzas* (Ecli 9,20). Venir al mundo es entrar en medio de lazos, y por eso el Sabio advierte que quien quiera asegurarse contra estos lazos debe guardarse y alejarse de ellos. Pero si, en lugar de alejarse de ellos, se buscan, ¿cómo se podrá uno ver libre de ellos? David, después de haber aprendido a costa suya los peligros que se corren exponiéndose a las ocasiones peligrosas, declara que para conservarse en gracia de Dios se había constituido como una ley el evitar todas las ocasiones que pudieran inducirle al mal: *Vedo a mis*

pies toda perfecta senda, por guardar tus palabras (Sal 118,101). No se apartaba del pecado, sino de cuanto pudiera arrastrarle a pecar.

4º. *Ilusiones disipadas. La ocasión es necesaria.*— El demonio sabe hallar pretextos para que se mire como necesaria y no ya como voluntaria tal ocasión a que uno se expone. Cuando la ocasión es verdaderamente necesaria, el Señor no dejará de prestarnos su ayuda para no caer si no podemos huir de ella; mas a veces acontece que nos persuadimos que ciertas ocasiones son necesarias, al menos para justificarnos a nuestros propios ojos. San Cipriano escribe: “Nunca se conserva bien el tesoro que se encierra con un ladrón, ni se halla seguro el cordero que se encierra en la cueva con el lobo”. Habla el santo contra los temerarios que se niegan a romper con la ocasión y aun dicen: *Yo no temo caer*. Pero lo acabamos de oír: “No está seguro el tesoro en la misma habitación que el ladrón, ni el cordero en la misma cueva que el lobo”. Nadie tampoco puede estar seguro de conservar el tesoro de la gracia queriendo permanecer en la ocasión de pecado.

Adviértenos el Apóstol Santiago *que cada cual es tentado al ser arrastrado y encebado por la propia concupiscencia* (Sant 1,14); ahora bien,

¿qué modo de resistir y cómo no caer, si no se huye de las ocasiones que vienen de fuera? Por esto, tengamos muy a la vista la regla que Jesucristo nos impuso para vencer todas las tentaciones y salvarnos: *Si tu ojo derecho te es ocasión de tropiezo, arráncalo y échalo lejos de ti* (Mt 5,29). Si ves que tu ojo derecho te es causa de condenación, arráncalo y échalo lejos de ti; es decir, si se trata de la pérdida del alma, se impone la huida de toda ocasión.

Temo a Dios y no caeré.— Nota San Francisco de Asís, y en otro sermón os lo he recordado, que el demonio, en su lucha contra ciertas almas animadas del temor de Dios, se guarda muy bien de pretender imponerles de pronto las cadenas del pecado mortal, porque su sola vista las horroriza y huirían espantadas, dejando así burladas todas las tentativas del enemigo. Empieza, pues, el astuto por atarlas con un cabello, como vulgarmente se dice; esto no puede espantarlas; pero a continuación impóneles poco a poco lazos más pesados, hasta acabar por esclavizarlas.

Por lo tanto, si se quiere escapar del peligro, es preciso que desde un principio se rompa con los más mínimos cabellos, es decir, con todas las ocasiones, saludos, cartitas, regalos, palabritas afectuosas.

16. Obligación más estricta de evitar las ocasiones que exponen al pecado de impureza

1º. *Violencia de las tentaciones impuras.*—Hablemos en particular del que se deje dominar del vicio impuro. A este tal no le basta con huir de las ocasiones próximas; si no se aparta también de las remotas, caerá fácilmente de nuevo.

La impureza es vicio, dice San Agustín, que guerrea con todos, y contados son los vencedores. ¡Cuántos desgraciados quisieron luchar con este vicio y salieron derrotados! “Pero no, dirá tal vez el demonio a alguno; no temas, que no te haré sucumbir a la tentación”. “No quiero, responde San Jerónimo, luchar con la esperanza de la victoria, no sea que pierda la tal victoria”. En esta materia se necesita gran auxilio de Dios para no sucumbir derrotado, y por eso, por nuestra parte, para hacernos dignos de tal auxilio, se impone que huyamos de las ocasiones; se impone que de continuo nos encomendemos a Dios, pidiéndole conservar la castidad, porque por nosotros mismos no la podremos conservar. Dios es quien nos lo habrá de conceder: *Entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba... acudí al Señor y le*

rogué (Sab 8,21). Pues bien, exponernos a la ocasión equivale a proveer de armas a nuestra rebelde carne, como dice el Apóstol, para que guerree contra el alma: *Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al servicio del pecado* (Rm 6,13). San Cirilo de Alejandría explica este paso diciendo: “Tú das alimento a la concupiscencia y prestas a la carne armas poderosísimas contra el espíritu. En esta guerra contra el vicio deshonesto, decía San Felipe Neri, vencen los cobardes, es decir, quienes huyen de las ocasiones; por el contrario, quien se pone en la ocasión arma a su carne y la envalentona, de modo que le será moralmente imposible resistir.

2º. *Debilidad de la carne.*— Mandó Dios a Isaías que clamara: *Toda carne es hierba* (Is 40,6). Pues si el hombre es hierba, dice San Juan Crisóstomo, querer mantenerse puro cuando se expone voluntariamente a la ocasión de pecar equivale a aplicar la tea a la hierba sin que se queme. No, escribe San Cipriano, es imposible no arder en medio de las llamas. Lo mismo asegura el Espíritu Santo, diciendo que es imposible caminar sobre carbones encendidos y no quemarse los pies: *¿O puede uno caminar sobre brasas sin que sus pies se quemen?* (Pv 6,27-28). No

quemarse sería un verdadero milagro; “pues bien, añade San Bernardo, mayor milagro fuera permanecer casto exponiéndose a la ocasión próxima que resucitar a un muerto”.

Decía: San Agustín que “quien no quiere huir del peligro quiere perecer en él; pero, cuando se quiere vencer y no sucumbir, hay que huir de la ocasión, por lo que el mismo santo doctor decía en otra parte: “Si el vicio impuro te quiere acometer, huye y alcanzarás victoria”.

3º. *Sorpresas del demonio.*— Hay quienes se fían neciamente de sus fuerzas, sin darse cuenta de que su fuerza es como la de la estopa arrimada al fuego: *El robusto se convertirá en estopa, y su obra en chispa* (Is 1,31). Créense otros en seguridad, debido a cierto cambio de vida, a las confesiones y promesas hechas a Dios; tanto, que llegan a decir: “Por la gracia del Señor no experimento tentación alguna con aquella persona con quien tuve otros tratos”. Estos tales que escuchen lo siguiente: Dicen que hay en Marruecos ciertos osos que van a caza de monos; cuando los monos los divisan, trepan a los árboles y logran salvarse; pero ¿qué hace el oso? Tiéndese por tierra y fíngese muerto, aguardando a que los monos bajen del árbol, y no bien bajan, levántase él, los atrapa y los devora. Así

hace también el demonio, procurando que se crea muerta la tentación, y cuando el hombre se pone en la ocasión, levántase de pronto la tentación y lo devora.

Terribles ejemplos.— ¡Cuántas almas desgraciadas, espirituales antes y dadas a la meditación, de comunión frecuente y de vida santa, cayeron en la esclavitud del demonio por exponerse a las ocasiones de pecar! Cuéntase en la Historia eclesiástica que una santa señora se dedicaba piadosamente a sepultar a los santos mártires; halló en cierta ocasión a uno que aún no había expirado y lo llevó a su casa, y a poder de cuidados y medicinas lo curó. Mas ¿qué aconteció? Estos dos santos, que así se podían llamar, puesto que uno estaba ya para morir por la fe y la otra se dedicaba a tan santo oficio con grave peligro de ser perseguida por los tiranos, primero cayeron en pecado y perdieron la gracia de Dios, y, debilitados luego por el pecado, renegaron de la fe.

San Macario refiere un hecho semejante, el de un santo anciano condenado al suplicio del fuego por no querer renegar de la fe; a medio abrasar lo retiró el tirano del fuego y lo llevó a la cárcel. Desgraciadamente se aficionó a una pia-

dosa mujer que se dedicaba a curar a los presos, y cayeron en el pecado.

PERORACIÓN: 1º. *Huid.*— *Como de la presencia de la serpiente, huye del pecado.* Según este consejo del Espíritu Santo, hay que huir del pecado como se huye no sólo de la mordedura de la serpiente, sino de su tacto y de su vista; así hay que huir no sólo del pecado, sino hasta de la ocasión del pecado, como sería aquella casa, aquella conversación, aquella persona. “Imposible, dice San Isidoro, estar cerca de la serpiente y conservarse largo tiempo sin mordeduras”. Por eso dice el Sabio que, si una persona puede fácilmente ser ocasión de ruina, *aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa* (Pv 5,8). Esta casa, como dice en otro lugar, es para ti *caminos del seol*; no te acerques a ella; evita aun el pasar al lado de aquella persona; más aún, pasa lo más lejos posible de ella. —Si así lo hiciera, dañaría mis intereses. —Más vale perderlo todo que perder el alma y a Dios. Hay que persuadirse de que en esta materia de la pureza no hay cautela que baste.

2º. *Temed.*— *Si nos queremos librar del pecado y del infierno, tiene que ser con temor y temblor*, como exhorta el Apóstol. Muy difícil será

que se salve quien no tiembla y no teme exponerse a las ocasiones peligrosas.

3º. *Orad.*— A diario, por lo tanto, y varias veces al día, debemos dirigir a Dios esta invocación del Padre nuestro: *No nos dejes caer en la tentación.* No, Señor; no permitáis que me halle en tentaciones en que pudiera perder vuestra gracia. Cierto que no podemos merecer la gracia de la perseverancia; pero cierto también que Dios la concede, como dijo San Agustín, al que la pide. Porque ha prometido escuchar a quien le ruega, y así, nota el santo doctor, en virtud de su promesa, Dios se hace deudor nuestro.

17. Las malas compañías exponen a peligro inminente

1º. *Influencia preponderante del mal.*— El Espíritu Santo declara: *El que se allega a necios, se les asemejará.* Bien necios son los cristianos que viven en desgracia de Dios, tan necios que merecerían ser encerrados en un manicomio, como decía el Santo P. Maestro Ávila. ¿Puede darse, en efecto, mayor locura que la de creer en el infierno y vivir en pecado? Sépase que, cuando se frecuenta la amistad de estos perversos, no

tarda uno en pervertirse. De nada valen entonces todos los sermones de los predicadores, pues con tales amistades siempre será cierto lo de que *los ejemplos arrastran más que las palabras*. Por esto dijo el Profeta Rey: *Eres sincero con el que es sincero, mas usas de rodeos con el astuto*. Escribe San Agustín que la amistad con los perversos es como un cable que nos arrastra a seguirlos en la carrera de los desórdenes; “huyamos, pues, exclama, de las malas compañías, no sea que nos veamos arrastrados por sus vicios”. Es, por tanto, gran medio de salvación conocer de quién tenemos que huir, decía Santo Tomás.

Sea su senda oscura y resbalosa cuando el ángel del Señor los siga.— Todos caminamos entre tinieblas por caminos resbaladizos; si además de esto, hubiera un ángel de perdición, esto es, una mala compañía, peor aún que los demonios, que se encarnizara contra nosotros y se esforzara por hacernos caer en el precipicio, ¿cómo podríamos escapar de la muerte?

2º. *Inclinación a imitar a los amigos cuya compañía se frecuenta*. “Serás como el amigo que siguieres”, solía decir Platón. San Juan Crisóstomo añadía que, si queremos conocer las costumbres de alguien, no tenemos más que ver las amistades que frecuenta, porque la amistad o

encuentra iguales o torna iguales a los amigos. Y esto por dos razones: la primera, porque se procura imitar al amigo para hacérsele grato, y la segunda, porque, como dice Séneca, por naturaleza estamos inclinados a hacer lo que vemos se hace. Y antes que todos ellos se expresó así la Sagrada Escritura: *A los gentiles se mezclaron y aprendieron sus obras* (Sal 105,35).

3º. *Seducción que ejercen las malas compañías, a la que no se puede resistir.*— Sucede con las malas compañías lo que con el aire viciado: uno infecta y otras corrompen. He aquí cómo expresa San Basilio este pensamiento: “Así como infecta el aire que surge de lugares pestilentes, así también de la conversación de los malos amigos surge, sin advertirlo, el contagio del vicio”. Observa San Bernardo que “San Pedro renegó de Cristo cuando se hallaba conversando con los enemigos de Cristo”.

“Pero ¿cómo podrán, pregunta San Ambrosio, exhalar perfumes de castidad los malos compañeros, que rezuman miasmas pestilenciales? ¿Cómo podrán infundirte devoción por las cosas santas, cuando ellos las rehúyen? ¿Cómo podrán comunicarte vergüenza en las cosas que son ofensa de Dios, cuando ellos no la tienen?”. De sí mismo escribe San Agustín que, cuando fre-

cuentaba la compañía de los perversos, que se vanagloriaban de su perversidad, sentíase inclinado a pecar sin vergüenza y hasta se gloriaba del mal que hacía, por no aparentar menos que los demás: *Me avergonzaba de avergonzarme*. De aquí esta advertencia de Isaías: *¡No toquéis cosa impura!* Si tocáis lo manchado, os mancharéis. *Quien toca la pez, se le pega a la mano* (Is 52,11). Así como al contacto de la pez, dice el Eclesiástico, se mancha uno, así también, quien trata con soberbios se hace orgulloso, y así de los demás vicios: *Quien toca a la pez, se le pega a las manos y el que se asocia al insolente aprende este proceder* (Ecli 13,1).

18. Cómo hay que huir de las malas compañías

1º. *No tener relación alguna con los perversos.*— Y bien, ¿que hacer? Responde el Sabio que no basta con tener cuidado de evitar el camino que siguen: *Aparta tu pie de sus veredas* (Pv 1, 15). Quiere decir que debemos huir su conversación, trato, convites, reuniones, atractivos y regalos, con los que quiere seducirnos, como lo advierte Salomón en el mismo lugar: *Hijo mío, si te tentaren los pecadores, no consientas* (Ibid

1,10). El profeta Amós se pregunta: *¿Caerá el pájaro en la red sobre la tierra si no tiene puesto lazo?* Tampoco caerá el pajarillo sin el reclamo. Las malas compañías son el reclamo de que se vale el demonio para sorprender a tantas almas en el lazo del pecado, como dice Jeremías: *Caza me han dado como a un pájaro mis enemigos sin motivo* (Lam 3,52). Dice *sin motivo*; preguntad a un perverso de éstos: “¿Por qué hiciste caer en el pecado a aquel joven?”, y os responderá: “Por nada; quería que hiciese como yo”. “Así es la táctica del demonio, observa San Efén; cuando quiere coger algún alma en sus redes, se sirve de otra como de reclamo”.

2º. *Evitar toda relación de amistad con los perversos.*— Hay que evitar como la peste toda relación de amistad con estos escorpiones infernales.— Digo huir la familiaridad, es decir, no familiarizarse con tales sujetos viciosos, frecuentando su mesa o su conversación, porque, al decir del Apóstol, es imposible huir de todo trato con ellos: *Entonces os veríais forzados a salir de este mundo* (1 Cor 5,10). Lo que sí se puede evitar es la familiaridad: *Ahora, pues, lo que os escribí fue que no os mezclaseis con...; con ese tal, ni comer* (Ibid 11). Dije *con estos escorpiones infernales*, como en efecto los llama Ezequiel: *Ni*

tengas miedo de sus palabras, aunque sean para ti cardos y espinas y habites sobre escorpiones (Ez 2,6). ¿Quisieras vivir entre escorpiones? Pues así debes huir de los enemigos escandalosos, que con sus malos ejemplos y palabras te emponzoñarían el alma. Los enemigos del hombre, serán los de su casa (Mt 10,36). Cuanto más seguidas y familiares son las relaciones con esta clase de amigos, tanto más peligrosas son para nuestra alma. Dice el Eclesiástico: ¿Quién tendrá lástima del encantador mordido (por una serpiente) y de todos cuantos se acercan a las fieras? Así es el que se acompaña con un hombre pecador (Ecli 12,13). ¿Quién se compadecerá del que quiere tratar con serpientes y con bestias feroces si luego es de ellas atacado? Así acontece con el que frecuenta la compañía de los viciosos, que, si el escándalo lo mancilla y pierde, ni Dios ni los hombres se compadecerán de él, pues ya se le avisó que anduviese con cuidado.

Un compañero escandaloso basta para corromper a cuantos amigos le tratan: *¿No sabéis, decía San Pablo, que poca levadura fermenta toda la masa? (1 Cor 5,6). Santo Tomás lo explica así: “Uno de estos escandalosos, con una máxima perversa, puede corromper a cuantos lo tratan como amigo”.*

3º. *No escuchar sus palabras.*— Estos son los falsos profetas, de quienes nos aconseja Jesucristo que nos guardemos: *Guardaos de los falsos profetas* (Mt 7,15). Los falsos profetas no tan sólo engañan con falsas profecías, sino también con máximas o con doctrinas falsas, las cuales hacen aún más daño, porque, al decir de Séneca, dejan en el alma ciertos gérmenes que acaban por producir frutos de iniquidad. Sobrado cierto es, como lo demuestra la experiencia, que las palabras escandalosas hacen daño a quien las oye y llegan, como decía San Pablo, a corromper las costumbres: *Malas compañías estragan costumbres buenas* (1 Cor 15,33). Joven habrá que se resista a obrar mal porque es temeroso de Dios; pero se pondrá por medio uno de estos demonios encarnados, es decir, un amigo falso como la serpiente a Eva: “*No moriréis en modo alguno* (Gen 3,4). ¿Qué miedo tienes? Muchos también lo hacen; tú eres joven y Dios se compadecerá de tu juventud”. Y oirá que le dicen, como los hombres de perdición de que habla la Escritura: *Venid, pues, y disfrutemos de lo bueno que existe...; por doquiera dejemos señales de jovialidad* (Sab 2,6-9). ¡Divirtámonos y alegrémonos! “Oh amistad perversa!, dice San Agustín. Cuando se oye decir: “Vayamos y disfrute-

mos”, no se atreve uno a resistir y se avergüenza de no ser uno desvergonzado”.

Debemos, sobre todo, estar muy a la mira cuando empiece la pasión a apoderarse de nosotros y ver con quién nos aconsejamos. Entonces la misma pasión nos inclina a tomar consejo de quien parece favorecerla, es decir, de quienes no nos dirigirían según Dios, de quienes precisamente nos hemos de guardar como de los mayores enemigos, ya que la pasión, unida a la mala consulta, podría precipitarnos en horrendos excesos. Cuando calme la tempestad, conoceremos el error cometido y el daño que nos causó el falso amigo, daño que, por cierto, ya no podremos remediar. Por el contrario, el buen consejo del amigo que nos habla conforme a la verdad y la mansedumbre cristianas nos hace evitar todo desorden y nos devuelve la calma.

PERORACIÓN: 1º. *Huid de las malas compañías.*— *Aléjate de la culpa y se apartará de ti ella,* nos advierte el Señor. Huye, sepárate de las malas compañías y cesarás de pecar: *En vereda de inicuos no penetres...; desvíate de él* (Pv 4,14). Huye hasta de los caminos que frecuentan estos malos amigos, para evitar hasta su encuentro. No dejes a tu amigo antiguo, que es Dios que te amó

antes de que el mundo existiera: *Te he amado con amor eterno* (Jr 31,3). Los nuevos amigos no te aman, sino que te odian más que cualquier enemigo, porque no buscan tu bien, como lo busca Dios, sino sus gustos y la satisfacción de ver que les acompañas en el mal y verte perdido como ellos.

Mas yo oigo que dices: “Me resisto a separarme de tal amigo, que me ha querido bien, y creo que ello sería una ingratitud”. ¿Que él te quiso bien? ¿Que sería ingrato abandonarlo? Dios sólo es quien te quiere bien, porque quiere tu salvación eterna, en tanto que ese amigo quiere tu perdición; quiere que le sigas y nada le importa que te condenes. No es, pues, ingratitud abandonar al amigo que te lleva a la perdición, sino que la ingratitud está en dejar al Dios que te crió, que murió por ti en cruz y que quiere salvarte.

2º. *No prestes oídos a sus conversaciones.— Cerca tu dominio con espinos, y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Ecli 28,28). Huye hasta de oír hablar a tales amigos, porque aun sus pabras te pueden arruinar, y cuando oigas que hablan mal *cerca tu dominio con espinos* y repréndeles, para que no sólo se vean rechazados, sino también enmendados, como advierte San Agustín.

3°. *Ejemplo de un joven seducido y muerto en pecado.* Oíd un ejemplo terrible y ved el daño que hacen los malos amigos. Cuenta el P. Sabatini que, hallándose juntos dos amigos, uno de ellos cometió una acción torpe para complacer al otro. Vuelto a su casa, murió el desgraciado súbitamente. El otro amigo, que no se había enterado de la muerte, hallándose en la cama, vio en sueños al amigo, y, como solía, quiso abrazarlo. Entonces pudo verle rodeado de llamas y comenzó a reprocharlo entre blasfemias, ya que por su causa se hallaba condenado. Despertó estupefacto, y, en vista de tamaña desgracia, entró en sí mismo y cambió de vida. Con todo, el otro infeliz amigo se condenó, y ni hubo ni habrá remedio para él por toda la eternidad.

19. Eficacia de la oración

I. FUNDAMENTOS DE ESTA EFICACIA:

1°. *Promesas formales y reiteradas de Dios.*— Para comprender el valor y la eficacia de nuestras oraciones hay que considerar las grandes promesas hechas por Dios a quienes piden: *Invócame en el día de la angustia, yo te libraré.* (Sal 49,15). *Me invocará y yo le escucharé* (Sal 90,15).

Cuanto quisiereis, pedidlo, y lo obtendréis (Jn 15,7). Miles de textos semejantes se pudieran citar tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

2º. *Deseo que tiene de hacernos bien.*— Dios es por naturaleza la misma bondad, como escribe San León. Por esto desea tanto hacernos participantes de sus bienes. Santa María Magdalena de Pazzi llega hasta a decir: “Cuando el alma pide a Dios algún favor, Dios se siente como obligado a agradecerlo y a dispensar sus favores, pues con tal oración se le facilita el deseo que le consume de hacer el bien”.

3º. *Vivas recomendaciones del Señor.*— He aquí por qué en las divinas Escrituras se diría que no hay nada más recomendado ni inculcado por el Señor que la súplica y la oración. Para demostrarlo basta este texto de San Mateo: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt 7,7). Dice San Agustín que Dios, con tales promesas, está obligado a concedernos cuanto le pidamos. Y añade luego que el Señor no nos exhortaría a pedirle gracias si no quisiera concederlas. Recordemos también que los salmos de David y los libros de Salomón y de los profetas están llenos de súplicas.

II. EXTENSIÓN DE ESTA EFICACIA: 1º. *Basta la oración para obtener siempre toda suerte de gracias a todos.*— Escribe Teodoreto que la oración ejerce tal eficacia ante Dios, que, a pesar de ser una, lo puede todo. Añade San Bernardo que, cuando rogamos, el Señor o nos da lo que le pedimos o una gracia más útil que la pedida. De cuantos pidieron al Señor, ¿hay uno solo que haya sido rechazado? *¿Quién le invocó y fue de Él despreciado?* (Ecli 2,12). Dice la Escritura que no hay nación que tenga dioses tan cercanos de sí y prontos a escuchar las oraciones como nuestro verdadero Dios: *¿Qué nación hay tan grande que tenga los dioses tan cercanos a sí como lo está Yahveh, nuestro Dios, cuantas veces le invocamos?* (Dt 4,7). Los reyes terrenos dan pocas veces audiencia, al paso que Dios la otorga a todos siempre que lo deseen. David, al considerar la bondad con que el Señor nos atiende, sea cual fuere el tiempo en que le rogamos, nos da a conocer que es el verdadero Dios y que nadie nos ama como Él nos ama: *Siempre que (te) invocare; que esto bien sé, que Dios está por mí* (Sal 55,10).

2º. *Estas gracias se obtienen infaliblemente.*— Quiere el Señor concedernos las gracias, pero quiere que se las pidamos. Un día llegó a decir a

sus discípulos: *Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna en nombre mío. Pedid y recibiréis, porque vuestro gozo sea cumplido* (Jn 16,24). Como si dijera “No os quejéis de mí si no sois plenamente dichosos, sino quejaos de vosotros mismos por no haber buscado lo que necesitabais; pedídmelo en adelante y seréis atendidos”. Muchos se lamentan, dice San Bernardo, de que no les ayuda el Señor; pero el Señor es quien tendría que lamentarse de que no le imploran y que por ello no les puede socorrer.

Los padres del desierto trataron sobre el modo más útil para alcanzar la eterna salvación, y concluyeron que no era otro sino pedir incessantemente al Señor y decirle: “Señor, ayudadnos”. Por eso la Santa Iglesia nos hace tan a menudo repetir en el rezo de las Horas canónicas estas dos oraciones, tanto por sí mismo cuanto por el pueblo cristiano: *Señor, venid en mi ayuda. Señor, apresuraos a socorrerme*. Escribe San Juan Clímaco. que la oración pone, en cierto sentido, a Dios en la necesidad de concedernos sus gracias y le hace piadosa violencia.

3º. *Estas gracias se otorgan con prontitud, liberalidad y afecto. Con certeza obrará gracia contigo, atendiendo a la voz de tu grito de auxilio; en cuanto lo oiga te responderá* (Is 30,9). De aquí

que San Ambrosio dijera: “Quien pide a Dios, recibe mientras pide”. Y no sólo nos escucha Dios al instante, sino que, además, nos escucha abundantemente, concediéndonos más de lo que le pedimos. Dice San Pablo que Dios es rico; es decir, liberal de sus gracias con quien se las pide: *Espléndido para con todos los que le invocan* (Rm 10,2). Y Santiago escribe: *Si alguno de vosotros se ve falto de sabiduría, pídale a Dios, que da a todos generosamente y no zahiere* (Sant 1,5). *Generosamente y no zahiere*, es decir, que, cuando le pedimos, no nos echa en cara nuestras ofensas, sino que parece que lo ha olvidado todo para ocuparse únicamente en enriquecernos de sus gracias.

20. Necesidad de la oración.

Tres condidones prueban esta necesidad

I. LA NECESIDAD DE LA GRACIA PARA LA SALVACIÓN: 1º. *Dios quiere la salvación de todos.*— Dios quiere que todos se salven, como dice por San Pablo: *Quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad* (1 Tim 2,4); y no quiere que se pierda nadie, como dice por San Pedro: *No quiere que*

algunos perezcan, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped 3,9).

2º. *Pero quiere que para ello se observen sus mandamientos mediante el auxilio de su gracia.* – Por esto decía San León que, así como Dios quiere que observemos sus preceptos, así nos previene con su ayuda para que los observemos. Y Santo Tomás, comentando las palabras del Apóstol: *Quiere que todos los hombres sean salvos*, escribe: “Y por eso a nadie le falta la gracia, sino que la comunica a todos en cuanto de sí depende”. Y en otro lugar: “Mucho empeño tiene la divina Providencia de proveer a cada uno de lo necesario a la salvación, mientras no haya impedimento por parte del hombre”.

3º. *Este auxilio no se concede ordinariamente sino a la oración.* – Este auxilio no lo concede el Señor de ordinario más que a la oración, como dice Genadio. Y San Agustín escribe que, si se exceptúan las primeras gracias de la vocación a la fe o a la penitencia, todas las demás no se conceden sino a quien las pide, y en especial la gracia de la perseverancia. Y en otro lugar añade: “Dios quiere dar, pero sólo a quien le ruega”.

II. EL PRECEPTO GRAVE DE LA ORACIÓN:

1º. *Precepto formal.* – Es sentencia común entre

los teólogos, tales como San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, Clemente Alejandrino y otros, que la oración es necesaria a los adultos de necesidad de medio, es decir, que sin la oración es imposible la salvación. Esto significan aquellas palabras de las Escrituras: *Es menester siempre orar y no desfallecer* (Lc 18,1). *Orad sin cesar* (1 Tes 5,17). *Pedid y recibiréis* (Jn 16,24).

2º. *Obligación grave de rezar en tres casos.*— Las expresiones *es menester, sin cesar y pedid*, dicen los doctores, con Santo Tomás, que encierran precepto grave que obliga especialmente en tres casos: 1º. cuando se está en estado de pecado mortal; 2º. cuando se está muy expuesto a caer, y 3º. cuando se está en peligro de muerte. Fuera de esto, enseñan los doctores que pasar un mes, o a lo sumo dos, sin rezar, no se excusa de pecado mortal. La razón es porque sin la oración no podemos alcanzar los auxilios necesarios para observar la divina ley. Dice San Juan Crisóstomo que, como los árboles necesitan agua para no secarse, así nosotros necesitamos oración para no perdernos.

III. POSIBILIDAD DE OBSERVAR TODOS LOS MANDAMIENTOS Y DE RECHAZAR TODAS LAS TENTACIONES POR MEDIO DE LA ORACIÓN;

PERO SIN LA ORACIÓN, NO; DE AQUÍ EL DEBER ECTRICTO DE ACUDIR A DIOS PARA ALCANZAR LAS GRACIAS NECESARIAS.— ¡Grande error el de Jansenio, que pretendía que ciertos preceptos son imposibles de cumplir porque nos faltan las gracias necesarias para su observancia! Razón tuvo el concilio de Trento para apropiarse las palabras de San Agustín y declarar que es cierto que el hombre no puede con el auxilio de la gracia ordinaria observar todos los preceptos, pero que mediante la oración hallará el más poderoso auxilio que necesita. He aquí la célebre sentencia del concilio: “Dios no manda imposibles; pero a la vez que manda, aconseja que hagamos lo que podamos, pidamos auxilio para lo que no podamos y ayuda para que podamos. Y he aquí las palabras de San Agustín: “Creemos firmemente que Dios, tan justo y tan bueno, no ha podido imponernos preceptos de ejecución imposible; o lo que manda es fácil o difícil; en el primer caso sabemos lo que debemos hacer, y en el segundo, lo que tenemos que pedir”.

¿Por qué permite Dios que nos ataquen los enemigos, si conoce nuestra flaqueza y sabe que no podemos resistir? Respondo: lo permite para que le pidamos su ayuda, viendo el extraordinario bien que nos reporta la necesidad de rogar.

De aquí que el que se deja vencer no puede alegar en defensa propia no haber tenido fuerzas para resistir, porque, si las hubiera pedido, las habría alcanzado. Por eso Dios castigará al vencido, porque, si hubiera rezado, en lugar de la derrota habría alcanzado la victoria. San Buenaventura dice: “Así como el oficial encargado de defender una plaza fuerte sería acusado de traición si por falta de reclamar a tiempo auxilio del rey dejara caer la plaza en poder del enemigo”, así también a los ojos de Dios el alma le traiciona cuando, asaltada por la tentación, no reclama su auxilio. Según la palabra del Señor: *Pedid y recibiréis*, el que pide recibe, se sigue, según la doctrina de Santa Teresa, que no se alcanza porque no se pide. Ya lo había dicho el apóstol Santiago: *No tenéis porque no pedís* (Sant 4,2). Grande es el poder de la oración para defendernos de nuestros enemigos, dice San Juan Crisóstomo. San Efrén escribe que quien se previene con la oración impide que el pecado entre en el alma. Y antes que todos ellos lo dijo David: *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal 17,4).

PERORACIÓN.— Para vivir cristianamente hay que rezar bien; y para rezar bien hay que:

1º. *Destruir todo afecto al pecado.*— Por tanto, si queremos vivir cristianamente y salvarnos, hemos de saber rezar: “Aquél sabe vivir bien que sabe rezar bien”, decía San Agustín. Para alcanzar gracias de Dios hay que destruir todo afecto al pecado, porque Dios no escucha a los pecadores obstinados. Por ejemplo, a quien conservar odio hacia cualquier persona, y quisiera vengarse, si a la vez rezara, Dios no lo escucharía: *Aunque multipliquéis las plegarias, no escucho; vuestras manos están llenas de sangre* (Is 1,15). Dice el Crisóstomo que quien alimenta mala voluntad y reza, no reza, sino que se burla de Dios; mas si rogara que Dios le quitase el odio del corazón, entonces Dios lo escucharía.

2º. *Rezar con atención.*— En segundo lugar hay que pedir a Dios atentamente; hay quienes creen rezan con sólo repetir muchos padrenuestros, pero tan distraídos que no saben lo que dicen; estos tales charlan, pero no oran, y de ellos habla Dios por Isaías cuando dice: *Este pueblo se me acerca con su boca y con sus labios me honra, mientras mantiene su corazón alejado de mí* (Is 29,13).

3º. *Apartar todo lo que sea obstáculo a la oración.*— *Nada te impida cumplir a tiempo el voto* (Ecli 18,22) dice el Eclesiástico. Quien se ocupa

en miles de negocios y asuntos inútiles al alma, dice Jeremías que interpone entre él y Dios una nube que impide pasen las oraciones: *Te has cubierto de nubes para que no pasara la plegaria* (Lam 3,44).

4º. *Ofrecer las oraciones a Dios por medio de María Santísima.*— No quiero acabar sin exhortaros con San Bernardo a que busquéis las gracias de Dios por mediación de María Santísima: “Busquemos la gracia y busquémosla por María”. Y añade San Anselmo que, cuando recurrimos a la Madre de Dios, no sólo debemos estar seguros de su protección, sino que a veces seremos más pronto escuchados y atendidos recurriendo a María e invocando su santo nombre que invocando el nombre de nuestro Salvador Jesucristo.

21. Con humildad. Tres motivos

1º. *Dios rechaza la oración de los orgullosos.*— Escribe Santiago que Dios no escucha la oración de los orgullosos: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Sant 4,6). No puede tolerar a los soberbios y se resiste a sus oraciones y como que no las oye.

Entiendan esto cuantos confían en sus fuerzas y se creen mejores que los demás; no olviden que sus oraciones serán rechazadas de Dios.

2º. *Dios escucha siempre la oración de los humildes.*— Por lo que a los humildes respecta, siempre los oye el Señor: *La oración del humilde penetra las nubes* (Ecli 35,21). Y David escribió: *(Cuando el Señor) mirare a la oración de los humildes* (Sal 101,18). La oración de quien se humilla penetra los cielos y no retrocede sin que Dios le escuche y atienda. “Si te humillas, dice San Agustín, Dios viene a ti, y si te ensoberbeces, Dios huye de ti”. Cuando te humillas, Dios mismo baja a abrazarte; pero si te enorgulleces y vanaglorías de tu sabiduría, de tus obras, entonces Dios huye de ti y te abandona a tus propias fuerzas.

3º. *Hasta los pecadores son escuchados cuando se humillan.*— Hasta los pecadores, por disolutos que hayan sido, cuando se arrepienten de corazón de sus pecados y se humillan ante Dios, confesándose indignos de recibir gracia alguna, no son despreciados de Dios: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal 50,19). Pasemos a hablar de los otros dos puntos, de los que hay no poco que decir.

22. Con confianza. Tres cualidades

I. ESTA CONFIANZA SE EXTIENDE A TODOS Y A TODO LO QUE ES NECESARIO EN EL ORDEN DE LA SALVACIÓN.— *¿Quién confió en el Señor y fue desechado?* ¡Palabras consoladoras para los pobres pecadores estas del libro del Eclesiástico! Aun cuando hubiesen cometido los mayores crímenes, oyen que el Espíritu Santo les dice que nadie confió en el Señor y fue abandonado. Quien pide confiadamente, alcanza cuanto pide. *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que le recibiréis y lo alcanzaréis* (Mc 11,24) Cuando pedimos gracias del orden espiritual útiles al alma, estemos seguros de alcanzarlas, y ciertamente las alcanzaremos. Por esto el Salvador nos enseñó que al pedir gracias a Dios lo llamáramos con el nombre de *Padre*, para que acudiéramos a él con la confianza con que recurre el hijo al padre que le ama.

II. ESTA CONFIANZA ES SÓLIDA, PORQUE ESTÁ FUNDADA SOBRE LAS PROMESAS DE JESUCRISTO Y SOBRE EL DESEO QUE TIENE DIOS DE HACERNOS BIEN.— Jesucristo prometió escuchar a quien le pide. *¿Quién, pues, se puede abandonar al temor de no alcanzar lo que la misma*

Verdad nos prometió? “¿Quién puede temer, pregunta San Agustín, cuando la misma Verdad compromete su palabra?”. ¿Es que será Dios por ventura como los hombres, que prometen y no cumplen, o porque mienten al prometer o porque después de prometer cambian de opinión? *No es Dios hombre para mentir ni hijo de hombre para arrepentirse. ¿Es Él quien dice y no hace o promete y no cumple?* (Num 23,19). Nuestro Dios no puede mentir, porque es la verdad por esencia, ni puede cambiar, porque todo lo que dispone es justo y es santo.

Porque el Señor desea tan ardientemente nuestro bien por eso con tanto apremio inculca y nos exhorta a pedir las gracias que deseamos: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá* (Mt 7,7). Si no quisiera otorgarnos sus gracias, ¿por qué tal empeño en exhortarnos a pedírselas? Responde San Agustín: “Dios no nos urgiría tanto a pedir las si no las quisiera dar”. Tanto más, cuanto que por su promesa se ha obligado a escuchar nuestras súplicas, concediéndonos lo que le pedimos confiados de alcanzarlo. “En virtud de su promesa, dice San Agustín, Dios se hace nuestro deudor.

III. ESTA CONFIANZA DEBE SER JUSTA O CONVENIENTE.— Tal vez haya quien diga que tiene poca confianza en Dios por ser pecador, y “en vista del exceso de mi ingratitud no merezco ser atendido”.

1º. *La oración tiene que apoyarse en la misericordia divina.*— A este tal le responde Santo Tomás que nuestras oraciones, para alcanzar la gracia, no se apoyan en nuestros méritos, sino en la divina misericordia.

2º. *Hay que pedir cosas útiles a la salvación y sin poner obstáculos a la gracia.*— En consecuencia, siempre que pidamos a Dios cosas útiles a nuestra eterna salvación, y se las pidamos confiadamente, estemos seguros de que Dios nos escuchará. Dije *cosas útiles a la salvación*, porque, si fueren dañosas al alma, el Señor ni las escucha ni puede escucharlas. Por ejemplo, si alguno pide fuerzas para vengarse de alguna injuria o quisiera tener éxito en alguna empresa criminal, Dios entonces no escucharía la petición de ayuda, porque, como dice el Crisóstomo, ese temerario no dirige a Dios una oración, sino una ofensa; no le ruega, sino que le insulta.

De igual modo, si quieres alcanzar de Dios la ayuda que le pides no tienes que poner impedimento alguno que te haga indigno de ser atendi-

do, como, por ejemplo, si pidieses a Dios que te diera fuerza para no volver a caer en pecado y no quisieras quitar la ocasión de tal pecado, te negaras a no frecuentar aquella casa, a no alejarte del objeto o compañía mala, claro está que, si ruegas, no te escuchará Dios. Y ¿por qué? *Te has cubierto de nubes para que no pasara la plegaria* (Lam 3,15). Por tanto, si caes, no te quejes de Dios, alegando que ya le pediste fuerzas para no caer y no te escuchó. ¿No te das cuenta de que, si no quitas la ocasión, interpones denso nubarrón con el que impidies que tu oración pase para ser atendida de Dios?

3°. *No se pueden pedir favores temporales si no es con esta condición: si convienen a la salvación; en cambio, las gracias espirituales hay que pedir las absolutamente y sin vacilación.*— Adviértase, además, que las promesas de Jesucristo de escuchar a quien le pide no se entienden hechas a todas las mercedes temporales que le pedimos, como el triunfo en tal pleito, una buena cosecha, sanar de una enfermedad o librarse de aquella persecución; tales gracias las concede también Dios, pero solamente cuando son útiles a la salud espiritual; de otro modo, las niega, y las niega precisamente por nuestro amor, pues sabe que las tales mercedes constituirían para noso-

tros una desgracia que dañaría al alma. “El médico, decía San Agustín, conoce mejor que el enfermo lo que le conviene”. Y añade que Dios niega a alguno misericordiosamente lo que a otro concede como castigo. Por esto San Juan Damasceno escribió que a las veces vale más no alcanzar las gracias que se piden, porque no escuchándonos nos escucha, ya que es quizás mejor entonces no recibir que recibir. ¡Cuántas veces, en efecto, pedimos el veneno que nos había de emponzoñar! ¡Cuántos, si hubieran muerto en aquella enfermedad o en la pobreza que padecían, se hubiesen salvado! Mas por cuanto recobraron la salud o se proveyeron sobradamente de riquezas y de honores, se ensoberbecieron, olvidándose de Dios, y acabaron por condenarse. Por esto San Juan Crisóstomo nos aconseja así: “Cuando oramos, facilítémosle a Dios el concedernos las gracias que vea son útiles a nuestra alma”. Las gracias temporales, por tanto, habemos de pedir las siempre con condición de que sean útiles a nuestra alma.

En cambio, las gracias espirituales hay que pedir las absolutamente y sin vacilación.

Por el contrario, cuando se trata de gracias espirituales, como el perdón de los pecados, la perseverancia en el bien, amor de Dios, luces

para cumplir su divina voluntad, las debemos pedir absolutamente, con firme esperanza de alcanzarlas: *Si, pues, vosotros, malos como sois, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará desde el cielo el Espíritu Santo a los que se lo pidieren?* (Lc 11,13). Dice Jesucristo: Si vosotros, que estáis tan apegados a las riquezas, no sabéis negar a vuestros hijos los bienes que Dios os dio, ¿cuánto más vuestro Padre celestial (infinitamente rico por sí mismo y que desea darnos más que nosotros recibir) os dará el espíritu bueno, es decir, arrepentimiento de los pecados, el amor divino, la resignación a la voluntad de Dios, si se lo pedís? ¿Cómo va Dios a rehusar lo que se le pide, pregunta San Bernardo, cuando él mismo exhorta a que se le pida?

4º. *El pecador no ha de creerse excluido de las promesas divinas.*— Cuando se le pide al Señor, no se detiene a preguntar si quien le pide es justo o pecador, pues a todos dijo: *Todo el que pide recibe* (Lc 11,10). El autor de la *Obra imperfecta* comenta y dice: “*Todos, sean justos o pecadores*”, Jesucristo, para animarnos a rezar y pedirle confiadamente estas gracias espirituales, nos dijo: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidiereis al Padre, os la concederá en nom-*

bre mío (Jn 16,23); como si dijera: “Pecadores, si carecéis de méritos para pedir gracias, pedir las en nombre mío, es decir, por mis merecimientos, y os prometo que alcanzaréis cuanto pidiereis.

23. Con perseverancia. Tres motivos

I. LA VOLUNTAD DE DIOS.— Sobre todo, hay que rogar con perseverancia hasta la muerte, sin cesar nunca de rogar; esto significan aquellas palabras de las Escrituras que dicen: *Es menester siempre orar y no desfallecer* (Lc 18,1). *Velad en todo tiempo orando* (Ibid 21,3). *Orad sin cesar* (1 Tes 5, 17). Y el Eclesiástico nos advierte: *Nada te impida cumplir a tiempo el voto* (Ecli 18,22). Todo lo cual quiere decir que no sólo debemos rezar, sino que habemos de quitar las ocasiones que nos impidieren rezar, pues si dejáramos la oración quedaríamos privados del auxilio divino y nos vencerían las tentaciones.

II. LA MISMA GRACIA QUE SE DESEA ALCANZAR: LA PERSEVERANCIA FINAL, CADENA DE GRACIAS QUE EXIGE OTRA CADENA DE ORACIONES.— La perseverancia en la gracia de Dios es don completamente gratuito, que no

podemos merecer por nosotros mismos, como declaró el concilio de Trento, pero que, según San Agustín, puede merecerse con la plegaria, es decir, rogando. San Roberto Belarmino añade que la gracia de la perseverancia hay que pedirla todos los días para obtenerla todos los días, no sea que haya un día que dejemos de pedirla y ese día caigamos en pecado.

Si queremos, pues, perseverar y, en consecuencia, salvarnos, porque sin la perseverancia nadie se salvará, es preciso que recemos siempre. Nuestra perseverancia hasta la muerte depende no tan sólo de un solo socorro, sino de miles de socorros que en toda nuestra vida esperamos alcanzar de Dios para conservarnos en su gracia; a esta cadena de socorros divinos es preciso que corresponda otra cadena de oraciones, sin la cual el Señor de ordinario no dispensa sus gracias; si se rompe la cadena de oraciones, se romperá también la cadena de gracias, y sin el auxilio divino perderemos la perseverancia. Jesucristo dijo a sus discípulos, como refiere San Lucas: *¿Quién habrá de vosotros que tenga un amigo y le viene éste a medianoche y le dice. “Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío llegó de viaje a mi casa y no tengo que presentarle”, y él, desde dentro respondiendo, dice: “No me des fastidio; ya la*

puerta se ha cerrado, y mis muchachos, lo mismo que yo, están en cama, no puedo levantarme para dártelos"...? Os digo que, si no se levanta y se los da por ser su amigo, a lo menos por su descaro se levantará y le dará cuantos necesite" (Lc 11,8). Pues bien, si ese tal daría al amigo, aun cuando fuera por su importunidad, los panes, ¿cuánto más, pregunta San Agustín, dará Dios, ya que en su bondad nos exhorta a rogarle y se queja de quienes no le piden?

III. LA MISMA NATURALEZA DE DIOS: DESEA LAS IMPORTUNIDADES DE LA ORACIÓN. PRUEBAS.— Los hombres se molestan de que se les importune pidiéndoles lo que sea. Dios, en cambio, nos exhorta a que le pidamos y volvamos a pedirle, y no sólo no se molesta, sino que le agrada verse importunado con nuestras súplicas: “El Señor, dice Cornelio Alápide quiere que en la oración llevemos la perseverancia hasta la importunidad”. Y ya antes lo dijo San Jerónimo: “Esta importunidad es muy oportuna a los ojos del Señor”. Esto significan aquellas repetidas palabras que añade San Lucas: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad a golpes y se os abrirá*. Bastara con haber dicho: *Pedid*; pero no, que añadió: *buscad y llamad a golpes*, para dar-

nos a entender que durante toda nuestra vida hemos de portarnos en la petición de las gracias como hacen los pobres, que llegan a la importunidad en la petición de la limosna, y así, aun cuando se les despacha, no dejan de pedir.

PERORACIÓN: 1º. *Recemos siempre.* Para alcanzar de Dios la santa perseverancia, hemos de ser siempre importunos en pedírsela, al levantarnos, en la meditación, durante la misa, en la visita al Santísimo Sacramento, cuando nos vayamos a acostar y, en especial, cuando seamos tentados por el demonio a cometer cualquier pecado; de modo que siempre ha de estar a flor de labios la oración diciendo: “Ayudadme, Señor; iluminadme, dadme fuerzas, tenedme en vuestras manos y no me abandonéis”.

2º. *Hagamos violencia al cielo.*— Hay que hacer violencia a Dios. Esta violencia le es muy grata, dice Tertuliano, pues, lejos de cansarle, le agrada y la agradece. San Juan Clímaco añade: “Las oraciones hacen piadosa violencia a Dios y le fuerzan con gran contento suyo a otorgarnos las gracias que le pedimos”.

3º. *Recurramos a María.*— Mucho le agrada al Señor que honremos a su divina Madre, por lo que, como dice San Bernardo, quiere que todas

las gracias que recibamos pasen por sus manos; por lo que nos aconseja el santo: “Busquemos la gracia, y busquémosla por María”. Cuando acudimos a María Santísima en demanda de alguna gracia, nos escucha favorablemente y ruega por nosotros, y las oraciones de María siempre son atendidas.

24. Cuán grande es el poder de María Santísima para alcanzar de Dios las gracias que deseamos

I. LA DIGNIDAD DE MADRE DE DIOS DA EN CIERTA MANERA A SUS RUEGOS UNA ESPECIE DE MANDATO: 1º. *Las oraciones de una madre tienen carácter de autoridad.*— Dice San Buenaventura que tal es el crédito de que María goza ante Dios, que sus ruegos no pueden menos de ser atendidos. Y ¿por qué tendrán tanta eficacia los ruegos de María ante Dios? San Antonino da la razón, y dice que es debido a su maternidad, razón por la cual los ruegos de María tienen algo como de imperio, que hace imposible el que no sea oída. Las oraciones de los santos son oraciones de siervos, en tanto que las de María son oraciones de Madre; de donde procede su eficacia y

carácter de autoridad; y como Jesús ama inmensamente a su Madre, no puede rogar sin ser atendida.

2º. *Hay cierta comunidad de poder entre el Hijo y la Madre.*— De aquí esta exclamación de Cosme de Jerusalén. “Tu intervención, ¡oh María! es omnipotente ante Dios”. Sí, porque es justo, añade Ricardo de San Lorenzo, que el Hijo comunique su poder a la Madre en cuanto es capaz una criatura de serlo; así es como el Hijo omnipotente hace omnipotente a la Madre. Razón sobrada tenía San Bernardino de Siena para decir que en cierto modo todos, hasta Dios, obedecen a María.

II. LA GRATITUD DE JESÚS PARA CON SU MADRE AÑADE A SUS RUEGOS UN ASCENDIENTE IRRESISTIBLE: 1º. *Pruebas de esta verdad.*— Oyó un día Santa Brígida que Jesucristo dirigía a su Madre estas palabras: “Pídeme lo que quieras, pues nunca quedará tu petición sin ser escuchada”. Y es consoladora la razón que adujo: “Porque tú nada me negaste en la tierra, yo nada te negaré en el cielo”. Según San Jorge, arzobispo de Nicomedia, Jesucristo oye todas las oraciones de su Madre, algo así como para reconocer el servicio que le prestó cuando consintió

plenamente en darle el ser humano. Y el mártir San Metodio le decía: “Regocijaos, ¡oh María!, ya que tenéis por deudor al mismo Hijo de Dios. Todos somos deudores de Dios; sola vos le tenéis a Él por deudor, ya que vos sola le disteis el ser humano”.

2º. *Aliento a los pobres pecadores*—. El mismo San Jorge de Nicomedia infunde ánimo a los pecadores, diciéndoles que no duden de que, recurriendo a María con voluntad de enmendarse, los salvará con su intercesión; y, vuelto a María Santísima, le decía: “Madre de Dios, tenéis un poder sobre toda ponderación, para que la muchedumbre de los pecados nunca exceda la grandeza de vuestra clemencia. Nada resiste a vuestro poder, pues el Creador mira como propia vuestra gloria”. Nada os es imposible, dice a la vez San Pedro Damiano, a vos, a quien es posible infundir esperanzas de salvación aun a los mismos desesperados”.

III. EN SU CALIDAD DE MADRE DE DIOS, MARÍA SANTÍSIMA HA ENCONTRADO ABUNDANTÍSIMAS GRACIAS: 1º. *Las encontró para comunicárnoslas*.— Nota San Lorenzo Justiniano que, cuando el arcángel San Gabriel bajó de parte de Dios a anunciar a María que había sido

escogida para Madre del Redentor, le dijo: *No temas, María, pues hallaste gracia* (Lc 1,13); y añade el santo: “Los que deseemos hallar la gracia, vayamos a la que halló la gracia”. Si queremos encontrar la gracia perdida, procuremos encontrar a María, que la encontró; María Santísima nunca perdió la gracia divina, sino que siempre disfrutó de ella. Si el ángel le dijo que había hallado la gracia, se entiende que la halló no para sí, sino para nosotros, desgraciados, que la habíamos perdido. Por eso el cardenal Hugo quiere que vayamos a María y le digamos: “Señora, lo perdido hay que devolverlo al que lo perdió. La gracia que encontrasteis no es vuestra, porque nunca la perdisteis, sino que es nuestra, que la perdimos por culpa nuestra; a nosotros, pues, tenéis que restituirla”.

2º. *Las alcanzaremos ciertamente por su intercesión.*— Pedir a Dios las gracias por mediación de María Santísima equivale a alcanzarlas, según revelación de Santa Brígida. Un día, en efecto, oyó que Jesucristo decía a su divina Madre: “Dispensaré gracia y misericordia a cuantos, deseosos de convertirse, vengan en tu nombre a implorar mi compasión”. Si todos los santos y ángeles del cielo pidieran el favor que fuese y María interviniese en contra de tal petición, se

atendería el ruego de María y no ya el del resto del cielo, porque, como escribe el P. Suárez, “Dios ama más a sola la Virgen que a todos los ángeles y santos a la vez”.

3º. *Debemos pedírselas a ella.*— Concluyamos, pues, este primer punto con las palabras de San Bernardo: “Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque alcanza lo que busca y no puede quedar frustrada”.

25. Cuán grande es la bondad de María Santísima para socorrernos en todas nuestras necesidades

I. UNA PRUEBA DE ESTA BONDAD: 1º. *La Santísima Virgen muestra su bondad en las bodas de Caná.*— Para conocer bien la grande bondad de María, recordemos lo que refiere el Evangelio (Jn 2,1-11). Faltaba el vino, con el consiguiente apuro de los esposos. Nadie pide a la Santísima Virgen que interceda ante su Hijo a favor de los consternados esposos. Con todo, el corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados, como se explica San Bernardino de Siena, la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y a pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidie-

ra. De aquí concluye el mismo santo que, si esta buena Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si la rogaran?

2º. *Y aun cuando no tenía la bondad que ahora tiene en el cielo.*— El mismo evangelio de las bodas de Caná proporciona a San Buenaventura otro argumento demostrativo de la esperanza que debemos abrigar en María ahora que se halla en el cielo. “Ciertamente, dice el santo doctor, muy grande fue la bondad de María con los desgraciados cuando vivía en el destierro de este mundo, pero ¡cuánto mayor no será ahora que nuestra Reina ocupa su trono celestial!”. Y da la razón diciendo: “Ahora conoce mejor nuestras miserias”. Efectivamente, merced a la luz de la visión beatífica, María conoce en el cielo nuestras miserias mejor que lo que las conoció en la tierra, y las compadece con mucha mayor ternura. Pues bien, a la vez que la compasión, se ha aumentado en el corazón de María el deseo de socorrernos. ¡Cuán cierta es, por tanto, la exclamación de Ricardo de San Víctor hablando con la misma Santísima Virgen: “Tienes tan tierno corazón, que no te contentas con conocer, sino con remediar las miserias”. No es posible que esta amorosa Madre sepa que alguien padece sin que vuele compasiva a socorrerlo.

II. FUENTE DE ESTA BONDAD: 1º. *Nos ama con amor no igualado.*— “La Madre de Dios, dice San Pedro Damiano, nos ama con amor invencible”; es decir, con amor no igualado. De donde se desprende que, por mucho que amaran todos los santos a Reina tan amable, nunca llegaría su afecto al amor que les tuvo María.

2º. *Este amor la impulsa a poner todo su crédito a nuestro servicio.*— Este amor es el que la hace tan solícita de nuestro bien. Los santos, dice San Agustín, son poderosos en el cielo para alcanzar las gracias a quienes se les encomiendan; pero así como María es más poderosa que todos los santos, así está más deseosa que todos ellos de alcanzarnos las divinas misericordias.

III. EFECTOS DE ESTA BONDAD: 1º. *María Santísima acoge a todos los pecadores.*— Dijo esta excelsa abogada que, cuando algún pecador se acerca a invocarla, no mira los pecados de que viene cargado, sino la intención con que a ella va: si se le acerca con voluntad de enmendarse, lo acoge y con su intercesión lo sana y salva. “Por mucho que haya pecado el hombre, si se me acerca con ánimo de enmendarse, al punto estoy dispuesta a recibir a quien a mí

retorna; no miro los pecados que haya cometido, sino sólo la voluntad con que a mí viene, pues no me desdén de ungir y sanar sus llagas porque me llamo, y en realidad soy, Madre de la misericordia”.

2º. *Busca a los justos y a los pecadores para salvarlos.*— Los ojos del Señor sobre los justos, dice el salmista, y San Lorenzo Justiniano añade que la Santísima Virgen los tiene sobre los justos y sobre los pecadores y se conduce con cada cual de nosotros como la madre, que tiene siempre los ojos sobre el niño para que no caiga y, si cayere, para levantarlo.

3º. *Es toda bondad y misericordia para recibirlos.*— Dice la Sagrada Escritura que la Santísima Virgen es *como gallardo olivo en la llanura*. Del olivo no puede salir más que aceite, y así de las manos de María no salen más que gracias y misericordias. Dícese también que se halla *en la llanura* para que sepamos, como apunta el cardenal Hugo, que María está presta a dejarse hallar por quien la invocare. Había en la antigua ley cinco ciudades de refugio donde para ciertos delitos hallaban amparo los delincuentes. San Juan Damasceno dice que en María hallan refugio todos los reos, fuese cual fuese el delito que cometieran, por lo que el santo la llama *ciudad*

de refugio de cuantos a ella acuden. ¿Qué temor, pues, pregunta San Bernardo, habremos de abrigar de ir a María, que no tiene nada de austero ni de terrible sino que es por completo suave y clemente?

“Cuando te miro, Señora, decíale San Buenaventura, me parece ver a la misma misericordia”. Desgraciado será, decía la Santísima Virgen a Santa Brígida, quien pudiendo no se acerca a mi misericordia, porque, pudiendo como puedo y quiero salvarlo, no viene a mí y se condena.

4º. *Previene nuestras oraciones anticipándose a ellas.*— San Pedro nos pinta al demonio en torno nuestro como fiero león que busca la presa; pero esta piadosa Madre, dice San Bernardino de Bustos, va siempre rodeando a los pecadores para salvarlos. Y esta piadosa Reina del cielo, añade Ricardo de San Víctor, previene nuestras súplicas y antes de que le roguemos se presta a ayudarnos. Sí, porque, como dice el mismo autor y arriba indicamos, María tiene corazón tan tierno para con nosotros, que no puede ver nuestras miserias sin compadecerlas.

5º. *Se ofende cuando no se acude a ella.*— No nos descuidemos, pues, de recurrir a esta Madre de misericordia en todas nuestras necesidades.

“Siempre, dice Ricardo de San Lorenzo, la encontraréis dispuesta a socorremos”; quizás previene vuestras súplicas, y lo que sí quiere es que se le pida, y cuando no se le pide se siente molesta, nos dice San Buenaventura: “Contra ti, Señora, pecan no sólo los que te injurian, sino también los que no te piden”. Concluyamos de aquí, con el mismo santo doctor, que es imposible que María deje de atender a quien le ruega, porque no sabe ni ha sabido nunca dejar de compadecerse de los miserables ni de sus miserias.

PERORACIÓN: 1º. *Prácticas de piedad en honor de la Santísima Virgen.*— Para asegurarnos las gracias de esta Señora misericordiosísima es necesario que la obsequiemos con particulares prácticas de devoción, cuales son: Rezar a diario, al menos, una parte del rosario.

Ayunar los sábados en honor de María Santísima; muchos en este día ayunan a pan y agua; acostumbrarse a ayunar de este modo, al menos, en las fiestas principales de la Señora.

Rezar el *Ángelus* tres veces al día; rezar el avemaría cuando se oiga el reloj, y cuando se encuentre alguna estatua o imagen de María Santísima, o cuando se salga o se entre en la casa.

Rezar a diario las letanías lauretanas antes de ir a acostarse, y para ello tener próxima a la cama alguna imagen hermosa de la Santísima Virgen.

Llevar el escapulario de Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen.

Muchas otras devociones practican los devotos de María Santísima, no siendo la menos útil la de encomendarse a diario a su bondad maternal. No dejemos de rezar las tres avemarías por la mañana, para alcanzar que nos libre en ese día de pecado. En las tentaciones invoquémosla prontamente y digánlosle: *¡Oh María, venid en mi socorro!* Para vencer las tentaciones basta invocar los santísimos nombres de Jesús y de María. Así es como nunca nos vencerá el demonio.

2º. *Exhortación a invocarla.*— San Buenaventura llama a María salud de los que la invocan. Y a la verdad, si se condenara un verdadero devoto de María (y entiendo por verdadero devoto a quien de verdad se quiere corregir y acude confiadamente a esta abogada de los pecadores), sería o porque María no puede o no quiere ayudarlo; pero esto no se puede dar, porque siendo María, dice San Bernardo, madre de la omnipotencia y madre de la misericordia, no puede fal-

tarle ni el poder ni la voluntad. Por esto con razón se dice de María Santísima que es la salvación de quienes la llaman en su ayuda. Hay infinitos ejemplos de esto, pero sólo quiero aducir el de Santa María Egipciaca.

3º. *Ejemplo de Santa María Egipciaca.*— Santa María Egipciaca, luego de haber vivido en el desorden, llegó a Jerusalén cargada de pecados. Dirigióse a la iglesia en que se celebraba la festividad de la Santa Cruz, y en el momento de querer entrar, una fuerza invisible la detuvo, de suerte que, por disposición providencial, que quería convertirla, la iglesia, abierta para todos estaba como cerrada para ella, pues siempre la rechazaba la fuerza invisible. Entró entonces dentro de sí misma, arrepintióse y permaneció afligida fuera de la iglesia; por fortuna para ella, sobre el tímpano del atrio de la iglesia había una imagen de María Santísima, a la que se encomendó la pobre pecadora, prometiendo cambio radical de vida; después de ello sintióse animada a entrar en la iglesia, hízolo felizmente, se confesó, salió de ella e, inspirada de Dios, adentróse en el desierto, donde vivió y se santificó por espacio de cuarenta y siete años.

26. El grande amor que nos manifestó Jesucristo al quedarse en alimento en este divino sacramento

I. CIRCUNSTANCIAS EN QUE JESUCRISTO INSTITUYÓ LA SAGRADA EUCARISTÍA: 1º. *Al fin de su vida, en prenda suprema de su amor.— El día antes de la fiesta de la Pascua sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1). Jesucristo quiso antes de morir darnos la mayor prueba de amor que pudiera, dándonos a sí mismo en la sagrada Eucaristía. Los amó hasta el extremo, es decir, según comenta San Juan Crisóstomo, “con amor extremado”. Dice San Bernardino de Siena que las pruebas de amor que se dan en la muerte quedan más grabadas en la memoria y se aprecian más. Pero en vez de dejarnos un anillo, una joya u otro recuerdo de amistad al estilo de los hombres, Jesús se nos dejó a sí mismo enteramente como alimento en este sacramento de amor.*

2º. *Cuando los hombres se aprestaban para hacerle morir.— ¿Y en qué momento instituyó Jesús este sacramento? Precisamente, nota el Apóstol, la noche que era entregado, tomó pan, y, habiendo dado gracias, lo partió y dijo: “Este es*

mi cuerpo, que se da por vosotros" (1 Cor 11, 2). De modo que en el mismo tiempo en que los hombres se aprestaban a hacerle morir, el amoroso Redentor quiso hacernos este excelso regalo. No contento, pues, Jesucristo con dar por nosotros su vida en la cruz, quiso antes de morir, como se expresa el concilio de Trento, derramar todas las riquezas de su amor dejándonos a sí mismo en alimento en la sagrada comunión. Si la fe no nos lo asegurara, ¿quién pudiera creer que un Dios hubiera querido hacerse hombre, y más tarde alimento, para que así lo comieran sus criaturas? Cuando Jesucristo reveló a los que le seguían el sacramento que quería dejarles, dice San Juan que muchos no podían creerlo, y hasta abandonaron al Señor, exclamando: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?... Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?* (Jn 6,53-61). Mas lo que a los hombres se les hacía penoso creer, lo pensó y llevó a cabo el grande amor de Jesucristo: *Tomad y comed: éste es mi cuerpo* (Mt 26,26); así dijo a los apóstoles la víspera de su muerte; y ahora, después de haberse dignado morir por nosotros, nos lo repite también a diario.

II. NATURALEZA DE ESTE DON, QUE FUE EL DON COMPLETO DE SÍ MISMO. 1º. Dice San Francisco de Sales que se sentiría muy honrado el que tuviera la suerte de ser convidado por el rey a su mesa, pero subiría de punto el honor si le diera a comer un trozo de su brazo: Jesús en la sagrada comunión no nos da parte de su carne, sino todo su cuerpo en el sacramento del altar, sin reservarse absolutamente nada. “Todo te lo dio, escribe San Juan Crisóstomo, sin reservarse nada”. Santo Tomás dice que Dios en la Eucaristía nos da todo cuanto Él es y tiene. Por esto precisamente llama el mismo santo a este sacramento sacramento de amor y prenda de caridad. *Sacramento de amor*, porque sólo el amor movió a Jesús a darnos este don, y *prenda de caridad*, porque, para zanjar toda duda que nos pudiera asaltar acerca de su amor, quiso darnos en este sacramento una prueba irrecusable. San Bernardo, además, llama a este sacramento *Amor de los amores*, porque el Señor en su encarnación se dio a todos los hombres en general, en tanto que en este sacramento se dio a cada uno de nosotros en particular, para hacernos ver que cada uno de nosotros somos objeto especial de su amor.

III. SENTIMIENTOS DEL DONANTE, QUE FUE EL DESEO DE INSTITUIRLO Y DE SER RECIBIDO.— ¡Cuán grande deseo le abrasa a Jesucristo de venir a nuestras almas en la sagrada comunión! Él mismo lo declaró al punto de instituir este sacramento: *Con deseo deseé comer esta pascua con vosotros* (Lc 22,15). Escribe San Lorenzo Justiniano que estas palabras salieron del corazón enamorado de Jesucristo para patentizarnos el amor con que nos amaba. Y para que por nuestra parte fuéramos a recibirle a menudo en la sagrada comunión, nos promete la vida eterna, esto es, el cielo: *El que come este pan, vivirá eternamente* (Jn 6,59) Si no lo hiciéramos, nos amenaza con privarnos de su gracia y, en consecuencia, del cielo: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Jn 6,54). Amenazas y promesas que tienen por origen el deseo que le consume de venir a nosotros en este sacramento.

IV. FIN QUE SE PROPUSO, QUE FUE EL UNIRSE A CADA UNO DE NOSOTROS... E IDENTIFICARSE CON NOSOTROS.— ¿Por qué desea tanto Jesucristo que le recibamos en la sagrada comunión? Porque cifra su ventura en unirse a cada uno de nosotros. En la sagrada comunión Jesús

se une realmente con el alma y con el cuerpo del hombre: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (Ibid 57); de modo que después de la comunión, dice San Juan Crisóstomo, somos un mismo cuerpo y una misma carne con Jesucristo; de aquí que San Lorenzo Justiniano exclamara: “¡Cuán admirable es vuestro amor, oh Jesús, cuando quisisteis incorporar-nos a vuestra carne sagrada, hasta el punto de que de vuestro corazón y del nuestro, inseparablemente unidos, se haya hecho un solo corazón!”. A cada una de las almas que comulgan dice el Señor lo que un día dijo a su querida sierva Margarita de Yprés: “Mira, hija mía, la hermosa alianza que se acaba de establecer entre nosotros. Ámame y permanezcamos eternamente unidos por el amor, sin separarnos ya más”. Esta unión que se verifica entre Jesucristo y nosotros es por completo efecto, como dice el Crisóstomo, del amor que nos tiene Jesucristo, porque se une de tal modo con nosotros, que no formamos sino una carne con él; que así es como se quieren entregar los que se aman apasionadamente.— Pero, Señor, vos sois Dios y no conviene a vuestra Majestad contraer tan estrecha unión con el hombre. “El amor, responde San Pedro Crisólogo, no entiende de razones y va no donde

debe, sino donde le arrastran". Escribe San Bernardino de Siena que Jesucristo, al darse a nosotros en alimento, quiso llegar al postrer grado de amor, uniéndose totalmente con nosotros como se une el alimento con quien lo come. San Francisco de Sales lo explicó bellamente: "En ninguna otra acción se puede considerar al Salvador ni mas tierno ni más amoroso que en ésta, en la que se aniquiló, a modo de decir, y se redujo a alimento para penetrar en nuestras almas y unirse al corazón de sus fieles".

27. Ventajas de la sagrada comunión y quiénes pueden disfrutar de ellas

I. VENTAJAS: 1º. *La sagrada comunión ocupa el primer puesto entre los medios de santificación.*— No hay cosa de la que podamos reportar mayor fruto que de la comunión. San Dionisio escribió que el Santísimo Sacramento tiene suma virtud para santificar las almas, mucho más que todos los otros medios espirituales. Según San Vicente Ferrer, más aprovecha al alma una sola comunión que una semana de ayunos a pan y agua.

2º. *Libra de los pecados veniales y hace huir de los mortales, fortaleciendo en el alma la vida de la gracia y activando el fuego del amor de Dios.*— La comunión es la medicina de la que dice el concilio de Trento que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. El mismo Jesucristo dijo que quien se alimenta de él, fuente de vida, recibirá establemente la vida de la gracia: *Quien me come a mí también él vivirá de mí* (Jn 6,58). Inocencio III escribió que Jesucristo con su pasión nos libró de los pecados cometidos, y con la Eucaristía, de los pecados que podíamos cometer. La Eucaristía, además, dice el Crisóstomo, nos inflama de amor divino y nos hace terribles a los demonios. Explicando San Gregorio Niseno las palabras del Cantar de los Cantares: *Me condujo a la sala del convite enarbolando sobre mí el pendón del amor* (Cant 2,4), dice que la comunión es la sala del convite donde el alma queda embriagada de amor divino hasta olvidarse de sí misma y perder de vista todas las cosas creadas.

II. QUIÉNES PUEDEN DISFRUTAR DE ELLAS:

1º. *Los tibios.*— Habrá tal vez quien diga: Si yo no comulgo más a menudo es porque me siento frío en el amor de Dios.— Pues ¿qué?, pregunta Ger-

són. ¿Porque sientes frío te alejas del fuego? Cuando más frío sientas tanto más te debes acercar a este sacramento. Decía San Buenaventura: “Por tibio que te sientas, acércate confiado en la misericordia divina. Cuanto más enfermo se siente uno, tanta mayor necesidad tiene del médico”.

2º. *Los fervorosos.*— San Francisco de Sales escribió esta sentencia: “Dos clases de personas deben comulgar: los perfectos y los imperfectos; los primeros, para mantenerse en la perfección, y los segundos, para llegar a ella”. Pero entiéndase bien que quien quiera comulgar se ha de esforzar por hacerlo del mejor modo posible, y vamos a explicarlo en el punto tercero.

28. Cuáles son las disposiciones requeridas para sacar el mayor fruto posible de la sagrada comunión

I. LA PREPARACIÓN: 1º. *Es importantísima.*— Dos cosas se necesitan para que la comunión produzca en nosotros gran fruto: la preparación y la acción de gracias, antes y después de recibirla.

No hay duda que, si la comunión produjo maravillas en el alma de los santos, lo debieron al cuidado con que se prepararon a ella. Al contrario, la falta de preparación es la causa de que tantas almas, a pesar de todas sus comuniones, no lleguen a sacar los frutos apetecidos. Por esto decía el cardenal Bona que el defecto no está en el alimento, sino en las disposiciones del que lo toma.

2º. *Requiere dos disposiciones: a) desasimientto de las criaturas*, apartando del corazón todo lo que no sea Dios. Cuanta más tierra haya en el alma, tanto menos lugar habrá para el amor divino; por lo que hay que arrojar del corazón todo afecto terrestre, para que Dios lo posea por completo. Esto fue lo que el mismo Jesús dijo a Santa Gertrudis: “Por toda preparación te pido que vengas vacía de ti misma”. Desprendámonos de las criaturas, y nuestro corazón será por completo del Creador.

b) Deseo de recibir a Jesucristo para amarle cada vez más.— San Francisco de Sales decía: “Por amor se ha de recibir a quien por amor se da a nosotros”. De aquí que el fin principal de nuestras comuniones ha de ser el crecer en el amor hacia Jesucristo; el mismo Señor dijo a Santa Matilde: “Cuando vayas a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que pudieron

atesorar las almas más amantes hacia mí, y yo lo recibiré como tú querías que fuese”.

II. LA ACCIÓN DE GRACIAS: 1º. *Su importancia.*— Es necesario también que cuidemos de la acción de gracias luego de haber comulgado. Las oraciones que siguen a la comunión son las más queridas de Dios y las más provechosas para nuestra alma.

2º. *Consiste en piadosos afectos, actos de amor a Jesucristo, de ofrenda de nosotros mismos, y en súplicas repetidas y confiadas.*— Después de haber comulgado entretengámonos en afectos y súplicas. Los afectos no deben ser solamente de gratitud, sino también de humildad, de amor y de oferta de nosotros mismos. Humillémonos entonces cuanto podamos, viendo a todo un Dios convertido en alimento nuestro después de haberle ofendido tanto. Dice un docto autor que el sentimiento dominante del alma que ha comulgado debe ser el de estupor: “*¡Haber venido Dios a mí! ¡Haber venido Dios a mí!*”.

Hagamos entonces igualmente muchos actos de amor a Jesucristo. Así como ha bajado a nosotros para que le amemos, así nada le agrada tanto como oír entonces al alma cristiana que le dice: “Jesús mío, os amo y a sólo vos quiero”.

Ofrezcámonos a Jesucristo nosotros y todas nuestras cosas, para que disponga como le plazca, repitiéndole a menudo: Jesus mío, “vos os disteis todo a mí; yo me entrego todo a vos”.

Entre los afectos siguientes a la comunión conviene dirigir a Dios muchas confiadas súplicas. Santa Teresa nos enseña que Jesucristo está a la sazón en el alma como sobre un trono de amor diciéndonos lo que decía al ciego: *¿Qué quieres que haga contigo?* (Mc 10,51). *A mí no siempre me tenéis (con vosotros)* (Jn 12,8), parece decirnos aún hoy día: “Pero ahora que estoy en ti pídemelo lo que quieras, que he bajado del cielo para colmarte de mis favores; pídemelo lo que quieras y serás atendido” ¡Cuántas preciosísimas gracias pierden quienes no se detienen a rezar a Dios después de la comunión!

Dirijámonos también al Padre celestial y acordémonos de la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidieréis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn 16,23); y digámosle: “Dios mío, Dios mío, por amor de vuestro Hijo, que ahora tengo en mi pecho, dadme vuestro amor, hacedme todo vuestro”. Y si lo decimos confiadamente, el Señor ciertamente nos oirá. Obrando así en una sola comunión puede uno santificarse.

ÍNDICE

1. El pecado de recaída es desastroso	6
2. Teman todos el pecado de recaída	7
3. El recidivo corre peligro de no volver a levantarse	9
4. Grandes peligros de nuestra salvación	17
5. Medios con que debemos conjurar tales peligros	19
6. Cuánto importa hollar el respeto humano ..	27
7. Cómo triunfar del respeto humano	37
8. Cuán necesario es combatir las pasiones	40
9. Cuales son las pasiones que hay que combatir	46
10. Desconfianza de nosotros mismos	53
11. Confianza en Dios	57
12. Resistencia a las tentaciones	60
13. Utilidad de las tribulaciones	62
14. Manera de soportar las tribulaciones	72
15. Obligación de huir de toda ocasión de peligro	77
16. Obligación estricta de evitar los peligros de impureza	82
17. Hay que evitar las malas compañías	87
18. Cómo hay que huir de las malas compañías	90
19. Eficacia de la oración	96

20. Necesidad de la oración	100
21. Con humildad. Tres motivos	106
22. Con confianza. Tres cualidades	108
23. Con perseverancia. Tres motivos	114
24. Cuán grande es el poder de María para ayu- darnos	118
25. Cuán grande es la bondad de María para so- corrernos	122
26. Del amor que nos manifiesta Jesucristo en la Eucaristía	130
27. Ventajas de la sagrada comunión	135
28. Disposiciones para el mayor fruto de la co- munión	137